

Elias Canetti

EL OTRO PROCESO

Las cartas de Kafka a Felice

Traducción de Carlos Fortea



Nørdica

EL OTRO PROCESO

LAS CARTAS DE KAFKA A FELICE

ELIAS CANETTI

Traducción de Carlos Fortea



Título original: *Der andere Prozeß. Kafkas Briefe an Felice*

© 1975, 1976 by Elias Canetti

1994 by the heirs of Elias Canetti

Published by kind permission of Carl Hanser Verlag GmbH
& Co. KG München

© De la traducción: Carlos Fortea

Edición en ebook: septiembre de 2019

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B

28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-17651-92-3

Diseño de colección: Filo Estudio

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Veza Canetti

I

Así que ahora están publicadas, esas cartas que narran cinco años de tortura, en un volumen de setecientas cincuenta páginas, y el nombre de su prometida, discretamente indicado durante muchos años con una F y un punto, como K., de modo que durante mucho tiempo ni siquiera se sabía cuál era ese nombre —a menudo se cavilaba acerca de él, y entre todos los nombres que se sopesaban jamás se daba con el correcto, habría sido imposible dar con él—, figura en grandes caracteres en la cubierta del libro. La mujer a la que iban dirigidas esas cartas lleva ocho años muerta. Cinco años antes de morir las vendió al editor de Kafka y, se piense lo que se piense, la que Kafka llamaba su «más querida mujer de negocios» demostró al final su capacidad, que significaba mucho para él, e incluso lo movía a la ternura.

Es cierto que él llevaba ya muerto cuarenta y tres años cuando esas cartas aparecieron, y sin embargo la primera reacción que se hizo notar —se le debía respeto, a él y a su desgracia— fue de embarazo y de vergüenza. Conozco personas cuya vergüenza aumentó al leer las cartas, personas que no se libraban de la sensación de que no debían entrar precisamente allí.

Las respeto mucho por eso, pero no me encuentro entre ellas. He leído esas cartas con una emoción que no experimentaba desde hacía muchos años con ninguna obra literaria. Ahora esas cartas se han sumado a la serie de esas memorias, autobiografías, correspondencias inigualables de las que el propio Kafka se alimentaba. Él, cuya suprema cualidad era el respeto, no temió leer una y otra vez las cartas de Kleist, de Flaubert, de Hebbel. En uno de los momentos más angustiosos de su vida, se agarró al hecho de que Grillparzer ya no sentía nada al tener en su regazo a Kathi Fröhlich. Solo hay un consuelo para el horror de la vida, del que por suerte la mayoría solo son conscientes a veces, pero del que algunos, erigidos por potencias interiores en testigos, lo

son constantemente, y es sumarse al horror de los testigos anteriores. Así que realmente hay que estar agradecido a Felice Bauer por haber conservado y salvado las cartas de Kafka, aunque se haya atrevido a venderlas.

Hablar aquí de un documento sería demasiado poco, a no ser que se usara la misma palabra para los testimonios de la existencia de Pascal, Kierkegaard y Dostoievski. Por mi parte solo puedo decir que esas cartas han penetrado en mí como una verdadera vida, y ahora me resultan tan enigmáticas y tan familiares como si me pertenecieran desde siempre, desde que llevo intentando absorber en mi ser a las personas y entenderlas de nuevo, una y otra vez...

Kafka conoció a Felice Bauer en el domicilio de la familia Brod, entrada la tarde del 13 de agosto de 1912. Hay, de esa época, varias manifestaciones suyas acerca de ese encuentro. La primera mención se encuentra en una carta a Max Brod del 14 de agosto. Se habla en ella del manuscrito de *Contemplación*, que había llevado a Brod la noche antes para ordenarlo definitivamente junto con él.

«Ayer, ordenando las piecitas, estaba bajo el influjo de la señorita y es muy posible que se haya producido, por tanto, alguna estupidez, alguna secuencia que resulte misteriosamente extraña».¹ Ruega a Brod que eche un vistazo y le da las gracias. Al día siguiente, el 15 de agosto, se encuentra en el diario la siguiente frase: «He pensado mucho en —qué apuro me da escribir nombres— F. B.».

Luego, el 20 de agosto, una semana después del encuentro, trata de conseguir una descripción objetiva de la primera impresión. Describe su apariencia y siente que se le hace un poco extraña al «invadir así su intimidad» precisamente con esa descripción. Le ha parecido natural que ella, una desconocida, se siente en ese círculo. Enseguida se ha conformado con ella. «Mientras me sentaba la miré por vez primera con más detenimiento; cuando estuve sentado ya tenía un juicio inquebrantable». La anotación se interrumpe en medio de la siguiente frase. Todo lo más importante estaba por venir, y más tarde se verá cuánto habría venido.

Le escribe por vez primera el 20 de septiembre, y se presenta —al fin y al cabo, han pasado cinco semanas desde su encuentro— como la persona que en casa de Brod le pasó una fotografía tras otra por encima de la mesa y que «con la mano que ahora pulsa las teclas, estrechó al final la suya, con la cual

corroboró usted la promesa de estar dispuesta a emprender con quien esto escribe un viaje a Palestina el año que viene».

La rapidez de esa promesa, la seguridad con la que ella se la hizo, es lo que le produce la mayor impresión al principio. Siente ese apretón de manos como un voto, tras del que se oculta la palabra compromiso, y a él, que toma decisiones tan despacio, que en lugar de acercarse se aleja a través de mil dudas de cualquier objetivo hacia el que quiere ir, esa rapidez tiene que fascinarle. Pero el objetivo de la promesa es Palestina, y en ese momento de su vida difícilmente puede haber una palabra más esperanzadora para él, es la tierra prometida.

La situación aún se llena más de contenido si se piensa qué clase de fotos son las que él le tiende por encima de la mesa. Son las fotografías de un «Viaje a Talía». Durante los primeros días de julio, hace cinco, seis semanas, ha estado con Brod en Weimar, donde, en la casa de Goethe, han tenido lugar acontecimientos muy notables para él. La hija del administrador, una hermosa muchacha, ha llamado su atención, en la propia casa. Ha conseguido aproximarse a ella; ha conocido a su familia, la ha fotografiado en el jardín y delante de la casa, se le ha permitido regresar, y así ha podido entrar y salir de la casa de Goethe, fuera de las horas de visita habituales. Por azar, también se la ha encontrado a menudo en los callejones de la pequeña ciudad, la ha visto, preocupado, con hombres jóvenes, ha tenido una cita con ella, a la que no acudió, y pronto ha comprendido que ella se interesaba más por los estudiantes. Todo aquello ha ocurrido en pocos días, el movimiento del viaje, en el que todo ocurre más deprisa, favoreció el encuentro. Justo después, sin Brod, Kafka pasó unas semanas en el sanatorio naturista de Jungborn, en el Harz. Hay un número maravillosamente abundante de apuntes suyos de esas semanas, libres del interés por «Talía» y de la devoción por las casas de los grandes creadores. Pero también recibió amables respuestas a las postales que enviaba a la hermosa muchacha de Weimar. Una la copió por entero en una carta a Brod, y enlaza con ella la siguiente observación, esperanzada para su carácter: «Por mucho que no le resulte desagradable, le soy tan indiferente como una cacerola. ¿Por qué escribe entonces tal y como yo lo deseo? ¡Si fuese cierto que se pudiera atar a las muchachas mediante la escritura!».

Así que ese encuentro en la casa de Goethe le insufló valor. Las imágenes del viaje son las que aquella primera tarde le tiende a Felice por encima de la

mesa. El recuerdo de aquel intento de entablar una relación, de su actividad de entonces, que al fin y al cabo había conducido a las fotos que ahora podía enseñar, se traslada a la chica que ahora se sienta frente a él, a Felice.

Hay que decir también que en ese viaje, que empezó en Leipzig, Kafka había trabado conocimiento con Rowohlt, que había decidido editar su primer libro. La reunión de fragmentos de sus diarios para *Contemplación* dio mucho que hacer a Kafka. Titubeaba, los fragmentos no le parecían lo bastante buenos. Brod insistió, y no cejó hasta que por fin, la noche del 13 de agosto, Kafka hizo la selección definitiva y, como ya se ha comentado, quiso tratar con Brod acerca de su disposición.

Así que aquella noche llevaba consigo todo lo que podía insuflarle valor: el manuscrito de su primer libro, las imágenes del viaje a «Talía», entre las que se encontraban las fotos de aquella chica que le había contestado cortésmente, y un número de la revista *Palestina*.

El encuentro tuvo lugar en casa de una familia con la que se sentía bien. Según cuenta, trataba de prolongar las veladas en casa de los Brod, que se veían obligados a echarlo amablemente para poder acostarse. Era la familia la que le atraía. Allí la literatura no estaba mal vista. Estaban orgullosos del joven poeta de la casa, Max, que ya se había hecho un nombre, y tomaban en serio a sus amigos.

Para Kafka, es una época de muchas y precisas anotaciones. Los diarios de Jungborn, los más hermosos de sus diarios de viaje —son también los más directamente relacionados con su obra propiamente dicha, en este caso con *América*—, dan testimonio de ello.

La asombrosa sexta carta a Felice de 27 de octubre, en la que describe el encuentro con ella del modo más preciso, demuestra lo rico en detalles concretos que era su recuerdo. Habían pasado setenta y cinco días desde aquella tarde del 13 de agosto. De los detalles de aquella velada que guarda en su memoria, no todos tienen el mismo peso. Apunta algunos, se podría decir que de forma arbitraria, para demostrarle que se ha fijado en todo lo de ella, que no se le ha escapado nada. Con esto demuestra ser un escritor en el sentido flaubertiano, alguien para el que nada es trivial con tal de que sea cierto. Con un leve toque de orgullo, lo expone todo, un doble homenaje a ella, porque merecía ser recogida en el acto en todos sus detalles, pero un poco también a sí mismo, por su ojo que todo lo ve.

En cambio, apunta otras cosas porque significan algo para él, porque responden a inclinaciones importantes de su propia naturaleza, o porque suscitan su asombro y, con ayuda de la admiración, le acercan físicamente a ella. Aquí solo vamos a hablar de esos rasgos, porque son los que determinan su imagen de ella durante siete meses, el tiempo que pasa hasta que vuelve a verla, y en esos siete meses tiene lugar casi la mitad de la muy extensa correspondencia entre ambos.

Ella se tomó muy en serio la contemplación de las fotografías, aquellas fotografías de «Talía», y solo levantaba la vista cuando él hacía una aclaración o le pasaba una nueva foto; dejó de comer por las fotos y, cuando Max hizo alguna observación acerca de la comida, ella dijo que no había nada más repugnante que la gente que no para de comer. (Hablaemos más acerca de la contención de Kafka en lo relativo a la comida). Contó que, al ser hermana y prima pequeña de varios varones, le habían pegado mucho y había estado muy indefensa. Se pasó la mano por el brazo izquierdo, que en aquel tiempo había estado lleno de cardenales. Pero no parecía en absoluto quejumbrosa, y él no alcanzaba a imaginar cómo alguien se había atrevido a pegarle, aunque entonces solo fuera una niña pequeña... Piensa en sus propias debilidades infantiles, pero ella no había sido quejumbrosa como él. Le mira el brazo y admira su fuerza, ahora que ya no queda en él nada de la antigua debilidad infantil.

Ella observó de pasada, mientras miraba o leía algo, que había estudiado hebreo. A él le sorprendió, pero no le acabó de gustar que lo mencionara tan exageradamente de pasada, y se alegró en secreto cuando, más adelante, no supo traducir *Tel Aviv*. Pero resultaba que era sionista, y eso le gustó mucho.

Ella dijo que le gustaba copiar manuscritos, y pidió a Max que le enviara los suyos. Aquello sorprendió tanto a Kafka que dio una palmada en la mesa.

Iba de camino a una boda en Budapest, la señora Brod mencionó un hermoso vestido de batista que había visto en su habitación de hotel. Luego, el grupo se trasladó del comedor a la sala del piano. «Cuando usted se levantó, se vio que llevaba puestas las pantuflas de la señora Brod, pues había puesto sus botas a secar. Había hecho un día espantoso. Las pantuflas la importunaban un poco, y después de pasar por la oscura habitación central me dijo que estaba acostumbrada a las pantuflas con tacones. Estas eran una novedad para mí». Las pantuflas de la mujer mayor la incomodaban; su explicación sobre la

condición de las suyas, al final del camino por la oscura habitación central, los acercó físicamente más de lo que antes lo había hecho la contemplación de su brazo, que ahora ya no tenía moratones.

Más tarde, en el momento de la partida general, se añadió otra cosa: «La celeridad con que salió de la habitación al final y volvió con las botas puestas no me permitió serenarme». Es la rapidez de su transformación la que le impresiona. Su forma de transformarse tiene un carácter opuesto. En él, casi siempre se trata de un proceso especialmente lento, del que tiene que hacerse consciente paso a paso antes de creérselo. Construye sus transformaciones de manera completa y precisa, como una casa. Ella en cambio estaba de pronto delante de él, calzada con unas botas, cuando había salido de la habitación con unas pantuflas.

Antes ha mencionado, aunque brevemente, que llevaba casualmente consigo un número de *Palestina*. El viaje a Palestina quedó acordado, y ella le tendió la mano «o, mejor dicho, yo propicié que me la ofreciera, en virtud de una inspiración». Luego, él y el padre de Brod la acompañaron hasta su hotel. En la calle, él cayó en uno de sus «estados crepusculares» y se comportó de manera torpe. Todavía alcanzó a enterarse de que ella se había olvidado el paraguas en el tren, un detalle que enriqueció su imagen de ella. Se marchaba al día siguiente, temprano. «Me inquietó la circunstancia de que no hubiera hecho usted la maleta todavía y, para colmo, aún quisiera leer en la cama. La noche anterior había leído hasta las cuatro de la madrugada». A pesar de su preocupación por su temprana partida, aquel rasgo no pudo por menos de volverla más familiar para él, escribió esa noche.

En conjunto, se obtiene de Felice la imagen de una persona decidida, que se enfrenta rápida y abiertamente a las más variadas personas y se manifiesta sin reparos acerca de toda clase de temas.

La correspondencia entre ambos, que en el caso de él, y pronto también en el de ella, iba a convertirse en diaria —hay que decir que solo se conservan las cartas de él—, se distinguió por rasgos absolutamente sorprendentes. Lo más llamativo para un lector de Kafka no informado son sus quejas acerca de su estado físico. Empiezan ya en la segunda carta, todavía un tanto veladas: «¡Qué veleidades me dominan, señorita! Una lluvia de nerviosismo cae sobre mí sin parar. Lo que quiero ahora no lo quiero en el instante siguiente. Cuando llego a lo alto de la escalera, no sé aún en qué estado entraré en la casa. Tengo

que acumular inseguridades dentro de mí antes de convertirlas en una pequeña certeza o en una carta [...]. Mi memoria es muy mala [...]. Mi indolencia [...] una vez incluso me levanté de la cama para apuntar lo que había pensado escribirle a usted. Pero enseguida volví a meterme en la cama, puesto que me reproché —este es el segundo de mis sufrimientos— la extravagancia de mi inquietud...».

Se ve que lo que primero describe es su indecisión, y con su descripción empieza su cortejo. Pero enseguida lo pone todo en relación con su estado físico.

Da comienzo a la quinta carta con su insomnio y la termina con las molestias que sufre en la oficina desde la que escribe. Desde este momento, casi no hay, literalmente, una sola carta que no contenga quejas. Al principio están compensadas por el interés por Felice. Plantea mil preguntas, quiere saberlo todo acerca de ella, quiere imaginarse con exactitud cómo es su vida en su oficina, cómo es en su casa. Pero esto suena demasiado general, sus preguntas son más concretas. Ella debe escribirle: cuándo va a la oficina, qué ha desayunado, adónde da la vista de la ventana de su trabajo, qué clase de trabajo hace, cómo se llaman sus amigos y amigas, quién pretende dañar su salud regalándole bombones... y esta no es más que una primera lista de preguntas, a las que más tarde seguirán innumerables más. Desea que esté sana y segura. Quiere conocer los espacios en los que se mueve, igual de bien que su distribución del tiempo. No le permite réplica alguna, y exige explicaciones en el acto. La exactitud que reclama de ella corresponde a aquella con la que describe sus propias circunstancias.

Aún tendremos que hablar más de esto; sin un intento de entenderlo, todo resulta incomprensible. Pero por el momento solo queremos retener aquí lo que se pone de manifiesto como intención profunda del primer período de esta correspondencia: es preciso establecer un vínculo, un canal entre la eficiencia y la salud de ella y la indecisión y las debilidades de él. Por encima de la distancia entre Praga y Berlín, él quiere aferrarse a su solidez. Las débiles palabras que puede dirigirle le vienen devueltas con diez veces más fuerza. Le escribe dos o tres veces diarias. Libra —muy en contradicción con sus protestas de debilidad— una dura, implacable lucha por sus respuestas. Ella es —en este sentido— más veleidosa que él, no está sometida a la misma presión. Pero él logra imponerle su propia presión, no pasa mucho tiempo

antes de que también ella le escriba a diario, a menudo incluso dos veces al día.

Porque la lucha que libra por esa energía que las cartas regulares de ella le transfieren tiene un sentido, no es una correspondencia vana, no se agota en sí misma, no es una mera satisfacción, sirve a su *escritura*. Dos noches después de escribirle su primera carta, escribe *La condena*, de un tirón, en una noche, en diez horas. Se podría decir que con esta obra ha establecido su conciencia de sí mismo como autor. Se la lee a sus amigos, se revela a sus ojos el carácter indudable de la obra, nunca ha renegado de ella, como de tantas otras. La semana siguiente surge *El fogonero*, y a lo largo de los dos meses siguientes otros cinco capítulos de *América*, un total, por lo tanto, de seis. Durante una interrupción de quince días en el trabajo en la novela, escribe *La metamorfosis*.

Es, por tanto, y no solo desde nuestro ulterior punto de vista, un período grandioso; hay pocas épocas de su vida que puedan compararse con esta. A juzgar por los resultados, y por qué otra cosa va a juzgarse la vida de un autor, la conducta de Kafka durante los primeros tres meses de correspondencia con Felice fue exactamente la adecuada para él. Sentía lo que necesitaba: una seguridad lejana, una fuente de energía que no sumiera su sensibilidad en la confusión a causa de un contacto demasiado próximo, una mujer que estuviera a su alcance sin esperar otra cosa de él que sus palabras, una especie de transformador cuyos eventuales fallos técnicos conociera y dominara hasta tal punto que pudiera subsanarlos en el acto por medio de cartas. La mujer que le servía para esto no podía estar expuesta a las injerencias de su familia, cuya proximidad tanto le hacía sufrir a él; tenía que mantenerla lejos de ellos. Ella debía tomar en serio todo lo que él tuviera que decir acerca de sí mismo. Él, que verbalmente se mostraba cerrado, debía poder explayarse ante ella por escrito; quejarse de todo sin reservas; no tener que guardarse nada que hubiera perturbado su escritura; contar cada detalle de la importancia, el progreso, los titubeos de esa escritura. Durante este período su diario se suspende, las cartas a Felice son su diario ampliado, y tiene la ventaja de que lo lleva realmente cada día, que puede repetirse con más frecuencia y con eso ceder a una necesidad esencial de su naturaleza. Lo que le escribe no son cosas únicas, que duran para siempre, puede corregirlas en posteriores cartas, puede reforzarlas o retirarlas; e incluso la inconstancia, que un espíritu tan

consciente como el suyo no gusta de permitirse en la anotación aislada de un diario, es bien posible dentro de una carta. Pero la mayor ventaja, como ya hemos apuntado, es sin duda la posibilidad de repetirse hasta la «letanía». Si alguien tenía clara la necesidad y la función de las «letanías», ese era Kafka. Entre sus muy específicas cualidades, esa es la que más ha llevado a la errónea interpretación «religiosa» de su obra.

Pero, si la instauración de esta correspondencia era tan importante que demostró su eficacia durante tres meses y pudo llevar a obras tan únicas como por ejemplo *La metamorfosis...*, ¿cómo sucedió que de pronto la escritura se detuviera, en enero de 1913? No es posible contentarse con frases generales acerca de las épocas productivas e improductivas de un autor. Toda productividad es condicionada, y hay que tomarse la molestia de encontrar los trastornos a los que está expuesta.

Quizá no debería pasarse por alto que las cartas a Felice del primer período, aunque no se perciban como cartas de amor en el sentido habitual de la palabra, contienen algo que forma muy especialmente parte del amor: para él, es importante que Felice *espere* algo de él. En aquel primer encuentro, del que durante tanto tiempo se alimentó, sobre el que lo construyó todo, llevaba consigo el manuscrito de su primer libro. Ella lo ha conocido como escritor, no solo como amigo de un escritor del que ella ya había leído algo, y el derecho de él a recibir sus cartas se funda en que ella lo tiene por tal. El primer relato con el que está satisfecho, justamente *La condena*, es *suyo*, se lo debe a ella, está dedicado a ella. En cualquier caso, no está seguro de su juicio en cuestiones literarias y trata de influir sobre él en sus cartas. Le reclama una lista de sus libros que nunca llega a recibir.

Felice era una naturaleza sencilla; las frases de sus cartas que él cita, aunque no sean muchas, lo demuestran de sobra. El diálogo, si es que puede emplearse una palabra tan precisa para algo tan complejo y abismal, que él mantiene sobre ella consigo mismo, quizá habría podido ir más lejos. Pero a él le confundía el ansia de saber de ella, que leía a otros escritores, y los citaba en sus cartas. Él solo había sacado a la luz una mínima parte de lo que sentía que era un mundo inmenso en su interior.

El 11 de diciembre le envía su primer libro: *Contemplación* acaba de ser publicado. Le escribe: «¡Sé amable con mi pobre libro! Son precisamente esas

pocas hojas que me viste ordenar en nuestra velada... Me pregunto si te das cuenta de hasta qué punto las diversas piezas se distinguen por la muy distinta época en que fueron escritas. Hay una, por ejemplo, que debe de tener ocho o diez años. Muéstraselo al menor número de gente posible para que no te indispongan contra mí».

El 13 vuelve a mencionar su libro: «Soy tan feliz de saber mi libro en tus queridas manos, por muchos peros que yo mismo le ponga».

El 23 de diciembre se encuentra la siguiente frase solitaria al respecto: «¡Ay, si supiera la señorita Lindner lo difícil que es escribir tan poco como yo lo hago!». Se refiere al escaso volumen de *Contemplación*, y solo puede entenderse como respuesta a un pasaje evasivo de Felice.

Eso es todo, hasta su gran estallido de celos del 28 de diciembre, diecisiete días después de haberle enviado el libro; las cartas que escribe entretanto —y, como hemos dicho, solamente tenemos las suyas— abarcan cuarenta páginas encuadernadas y tratan de mil cosas. Está claro que Felice no se ha manifestado seriamente acerca de *Contemplación*. Pero el estallido de ira de él va dirigido a Eulenberg, con el que ella está entusiasmada:

«Siento celos de toda la gente que aparece en tu carta, de los que nombras y de los que no, de los hombres y de las chicas, de los negociantes y de los escritores (sobre todo de estos, claro)... Siento celos de Werfel, de Sófocles, de Ricarda Huch, de la Lagerlöf, de Jacobsen. Mis celos reaccionan con pueril alegría al percatarme de que a Eulenberg lo llamas Hermann en vez de Herbert, mientras que Franz se te ha quedado grabado, sin duda. ¿Te gustan las *Siluetas*? ¿Te parecen claras y concisas? Yo solo conozco *Mozart*, Eulenberg... la leyó aquí, pero apenas pude soportarlo, es la suya una prosa llena de problemas respiratorios y de impurezas... Por supuesto que, en mi estado actual, soy injusto con él, no cabe la menor duda. *Sea como fuere, ¡no leas las Siluetas!* Pero veo que estás “absolutamente entusiasmada”. (Escuchad, pues, a Felice no solo le entusiasma Eulenberg, sino que le entusiasma absolutamente, y yo me enfurezco con él en plena noche). Pero en tu carta aparecen también otras personas y con todas querría pelearme, no por hacerles daño, sino para apartarlas de ti, para librarte de ellas, para leer solamente cartas en las que únicamente se hable de ti, de tu familia... y por supuesto, ¡por supuesto!, de mí».

Al día siguiente recibe una carta suya, inesperada —porque es domingo—,

y se la agradece: «Amor mío, vuelve a ser una carta reconfortante por su tranquila alegría. No aparecen en ella todos esos conocidos y escritores...».

Esa misma noche halla la explicación a los celos del día anterior: «Ya sé, por cierto, por qué me puso tan celoso la carta de ayer: mi libro no te gusta, como tampoco te gustó aquella fotografía mía. De ser esto cierto, no resultaría trágico, pues lo que contiene ese libro son textos viejos en su mayoría..., siento tu cercanía en todo lo demás con tal intensidad que estoy dispuesto... a ser el *primero* en apartar el librito con *mi* pie... Pero que no me lo digas, que no me digas ni con dos palabras que no te gusta... Sería muy comprensible que no supieras qué hacer con el libro... De hecho, nadie sabrá qué hacer con él, esto es algo que tenía y tengo claro —el sacrificio en esfuerzo y dinero que el libro supuso al manirroto editor me tortura...—. Pero no has dicho nada, me anunciaste en una ocasión que ibas a hacerlo, pero no has dicho nada...».

A finales de enero regresa sobre *Contemplación*; el autor vienés Otto Stoessl, al que estima mucho y aprecia personalmente, le ha escrito una carta al respecto. «Me escribe sobre mi libro, pero malentendiéndolo de manera tan completa que por un momento he pensado que mi libro era realmente bueno, pues es capaz de generar en una persona tan lúcida y experimentada en materia literaria como Stoessl tales malentendidos...». Copia para ella todo el pasaje de la carta, que es bastante largo. En él aparecen cosas sorprendentes: «Un humor dirigido hacia dentro... como cuando uno, después de haber dormido bien por la noche, de haber tomado un baño agradable, de haberse vestido, saluda a un día libre y soleado con una sensación de alegre expectativa y de incomprensible fuerza. Un humor propio de un buen estado de ánimo». Un malentendido de dimensiones monstruosas, cada palabra es exactamente errónea; Kafka no puede superar lo del humor propio de su buen estado de ánimo, y vuelve a citar la frase más adelante. Pero añade: «La carta, por lo demás, encaja perfectamente con una reseña exageradamente elogiosa publicada hoy que en el libro solo ve tristeza».

Está claro que no ha olvidado su falta de atención hacia *Contemplación*, el detalle con el que comenta las reacciones a su libro, para él inusual, encubre una queja. Quiere darle una lección, ella se lo ha tomado demasiado a la ligera, y él revela con eso lo sensible que ha sido la herida causada por su falta de toda reacción.

En la primera quincena de febrero, se entrega a los peores exabruptos

contra otros autores. Felice pregunta por Lasker-Schüler, y él escribe: «No soporto sus poemas; su vacuidad me produce aburrimiento, y su artificiosa ampulosidad, repugnancia. Su prosa me resulta molesta por los mismos motivos, en ella siempre se siente trabajar el cerebro gratuitamente espasmódico de una habitante de la gran ciudad... Pues sí, le va mal, su segundo marido la ha abandonado, según tengo entendido, aquí también se pueden organizar colectas para ayudarla; he tenido que soltar cinco coronas sin sentir ni una pizca de compasión por ella; no sé exactamente por qué, pero siempre la imagino como una borracha que se arrastra de noche por los cafés... ¡Fuera, Lasker-Schüler! ¡Ven, amor mío! Que no haya nadie entre nosotros, nadie a nuestro alrededor».

Felice quiere ir al teatro a ver *El profesor Bernhardt*: «... nos une una sólida cuerda...», escribe, «si vas ver *El profesor Bernhardt* me arrastras contigo al tirar de esa cuerda incuestionable y corremos el peligro de caer ambos en la mala literatura, que es lo que Schnitzler representa para mí en gran medida». Por eso esa misma noche él va a ver *Hidalla*, en la que actúan Wedekind y su esposa. «Schnitzler no me gusta nada, y lo respeto poco; sin duda tiene talento, pero sus grandes piezas y su gran prosa están para mí cargadas de una masa, por así decirlo, temblequeante de la palabrería más repelente. Nunca es suficientemente hondo el abismo al que habría que empujarlo... Solo a la vista de su imagen, de ese aire suyo de falta de ensoñación, de esa blandenguería que yo no querría tocar ni con la punta de los dedos, puedo entender cómo pudo evolucionar de esa manera desde sus trabajos iniciales, en parte excelentes (*Anatol, La ronda, El teniente Gustl*). Me resisto a hablar de Wedekind en la misma carta.

»Pero basta, basta, a ver cómo consigo quitarme de encima ahora mismo a este Schnitzler que pretende entrometerse entre nosotros, igual que la Lasker-Schüler no hace mucho».

Sus celos hacia los autores, en tanto que tienen que ver con Felice, tienen los fuertes rasgos que conocemos en los celos; uno se siente asombrado y aliviado al encontrar en él un deseo tan natural, tan inquebrantable, de atacar a otros. Porque en cada una de sus innumerables cartas resuenan sus ataques contra sí mismo, resultan familiares al lector, como si fueran su voz. En cambio, el tono inusual de esos ataques contra otros autores, su instinto asesino, su crudeza, que son en realidad ajenos a su esencia, son síntomas de

un cambio en su relación con Felice. Va a dar un giro trágico a causa de la incompreensión de ella hacia su propia obra. Ella, cuya fuerza él precisa como un incesante alimento de su escritura, no está en condiciones de medir a quién alimenta con su persona, con sus cartas.

En este sentido, la situación de él aún se ve especialmente empeorada por la naturaleza de su primera publicación en forma de libro. Es demasiado inteligente y demasiado serio como para sobreestimar el peso de *Contemplación*. Se trata de un libro en el que se tocan algunos de sus temas. Pero es un producto de cosas traídas de aquí y de allá, es todavía un tanto caprichoso y virtuosista, revela influencias ajenas (Robert Walser) y, muy especialmente, le faltan cohesión y necesidad. Para él es importante porque llevaba consigo el manuscrito cuando vio a Felice por primera vez.

Pero, seis semanas después de esa noche, justo después de su primera carta a Felice, había llegado a ser enteramente él mismo en *La condena* y *El fogonero*. Casi más importante, en este contexto, nos parece el hecho de que es completamente consciente del valor de estas dos piezas. Había empezado la correspondencia con Felice, seguía escribiendo noche tras noche, ya al cabo de ocho semanas alcanzó, en *La metamorfosis*, la cumbre de su magisterio. Ha escrito algo que nunca más podría superar, porque no hay nada que pueda superar a *La metamorfosis*, una de las pocas obras grandes y perfectas de este siglo.

Cuatro días después de terminar *La metamorfosis* se publica *Contemplación*. Envía ese primer libro a Felice, y durante diecisiete días espera una palabra suya acerca de él. Las cartas van y vienen varias veces al día, él espera en vano y ha escrito ya *La metamorfosis* y una buena parte de *América*. Hasta una piedra tendría que sentir piedad. Se da cuenta entonces de que el alimento de sus cartas, sin el que la escritura no le era posible, le era entregado a ciegas. Ella no sabía a quién estaba alimentando. Sus dudas, siempre activas, se hicieron abrumadoras, dejó de estar seguro de su derecho a sus cartas, que había conquistado en su buena época, y su escritura, su auténtica vida, empezó a fracasar.

Una consecuencia secundaria, pero muy llamativa en su virulencia, de esta catástrofe, fueron sus celos hacia otros autores. Felice leía y le hería profundamente con nombres que llegaban de manera azarosa hasta sus cartas. Todos eran autores a sus ojos. Pero ¿qué era él a sus ojos?

Con esto, la bendición que ella había representado para él tocó a su fin. Se atuvo con su inmensa resistencia, el asombroso reverso de su debilidad, a la forma de la relación establecida, y desde ese momento volvía la mirada con nostalgia al paraíso de aquellos tres meses, que jamás podrían regresar; el equilibrio que le habían dado había quedado destruido.

Sin duda a lo largo de aquellos días ocurrieron otras cosas que contribuyeron a ese trastorno. Estuvo el compromiso matrimonial de Max Brod, su mejor amigo, que le había empujado y espoleado a escribir más que ninguna otra persona. Kafka teme el cambio en su amistad, que le parece inevitable por la mera existencia de una mujer al lado de su amigo. Es también la época de los preparativos para la boda de su hermana Valli. Vive todo lo que tiene que ver con ellos desde la más inmediata proximidad, en casa de sus padres, que es también su casa. Le entristece que su hermana se vaya, siente que eso significa la descomposición de la familia, a la que al mismo tiempo odia. Pero se ha instalado en ese odio y lo necesita. Considera un trastorno los muchos acontecimientos inusuales que llenan todo un mes antes de la boda. Se pregunta por qué sufre de ese modo especial ante aquellos compromisos, como si una desgracia instantánea y directa fuera a alcanzarle mientras los principales interesados eran inesperadamente felices.

Su aversión a la forma de vida del matrimonio, para la que tan amplios preparativos se hacían, es ahora más aguda, y deja libre curso a su reacción allá donde puede esperarse de él esa forma de vida: empieza a percibir a Felice como un peligro, sus noches solitarias están amenazadas, y se lo hace sentir.

Pero, antes de contar cómo trata de defenderse de ese peligro, es preciso saber más acerca de la naturaleza de la amenaza.

«Mi forma de vida está encauzada única y exclusivamente hacia la escritura..., el tiempo es breve, las fuerzas, escasas; la oficina, un horror; la vivienda, ruidosa, y es preciso intentar abrirse paso mediante trucos cuando es posible hacerlo mediante una vida bella y recta». Así escribe Kafka ya en una de las primeras cartas, la novena, a Felice, el 1 de noviembre de 1912. En ella le explica la distribución de su tiempo, con cuya ayuda logra sentarse a escribir noche tras noche, alrededor de las diez y media, y quedarse escribiendo hasta la una, las dos o las tres, según las energías, el disfrute y la

suerte.

Pero ya antes, en la misma carta, ha hecho una manifestación acerca de sí mismo que resulta difícil pasar por alto, es tremenda en ese momento: «Soy el hombre más flaco que conozco (lo cual no es poco decir, dado que he recorrido bastantes sanatorios)...». ¡Este hombre que pide amor —porque, naturalmente, se supone que está pidiendo amor— y dice al mismo tiempo que es *el más flaco* de los hombres! ¿Por qué, en realidad, a uno le parece que tal manifestación es, en este momento, tan inadecuada, casi reprochable? El amor pide peso, se trata de cuerpos. Tienen que estar ahí, es ridículo que un no-cuerpo pida amor. Una gran flexibilidad, valor, empuje, pueden sustituir al peso. Pero tienen que ser activos, presentarse a sí mismos, prometerse por así decirlo. En vez de esto, Kafka solo ofrece una cosa, muy personal: la plenitud de lo visto, de lo visto en el aspecto exterior de la persona cortejada; esa plenitud es *su* cuerpo. Pero eso solo puede tener efecto en una persona de parecida plenitud visual, con cualquier otra fracasa, o le resulta inquietante.

Cuando habla de su delgadez, y con un énfasis tan grande, solo puede significar que le ha hecho sufrir mucho: siente la necesidad de contarlo. Es como si tuviera que decir «soy sordo» o «soy ciego», porque omitir un hecho así lo haría pasar por estafador.

No hay que buscar mucho en sus diarios y cartas para convencerse de que ahí está el núcleo, la raíz de su «hipocondría». El 22 de noviembre de 1911 se encuentra en su diario la siguiente anotación: «Lo que sí es seguro es que mi estado físico constituye uno de los principales obstáculos a mi progreso. Con un cuerpo así no es posible conseguir nada... Mi cuerpo es demasiado largo para tanta debilidad, le falta la mínima cantidad de grasa para producir un calor de bendición, para conservar el fuego interior, la grasa de la que alguna vez el espíritu pudiera nutrirse un poco más allá del mínimo diario imprescindible, sin perjudicar al conjunto. Cómo va a poder mi débil corazón, en el que vengo sintiendo punzadas en los últimos tiempos, empujar la sangre a todo lo largo de estas piernas...».

El 3 de enero de 1912, hace una enumeración detallada de lo que ha sacrificado a la escritura. «Cuando se hizo claro a mi organismo que el escribir era la dirección más productiva de mi naturaleza, todo tendió con apremio hacia allá y dejó vacías todas aquellas capacidades que se dirigían preferentemente hacia los gozos del sexo, la comida, la bebida, la reflexión

filosófica, la música. Adelgacé en todas esas direcciones. Era necesario que así fuese, pues mis fuerzas en su conjunto eran tan exiguas que solo reunidas podían servir, mal que bien, a la finalidad de escribir...».

El 17 de julio de 1912 escribe a Max Brod, desde el ya mencionado sanatorio naturista de Jungborn: «He concebido la estúpida idea de engordar para, de este modo, curarme, como si lo segundo o incluso lo primero fueran algo posible».

La, cronológicamente, siguiente declaración que se refiere a su delgadez es la ya citada en la carta a Felice de 1 de noviembre de ese mismo año. Pocos meses después, el 10 de enero de 1913, vuelve a escribir a Felice: «¿Cómo transcurrió el baño familiar? Aquí he de reprimir, por desgracia, una observación (referida a mi aspecto en los baños, a mi delgadez). En los baños parezco un niño huérfano». Luego cuenta cómo de niño, durante una excursión veraniega al Elba, evitaba el establecimiento de baños, muy pequeño y repleto de gente, porque se avergonzaba de su aspecto.

En septiembre de 1916 se decide a ir a un médico, una empresa muy inusual para él, que desconfía de los médicos, y le cuenta a Felice la visita: «El médico que me atendió... me resultó muy agradable. ¡Un hombre tranquilo, un tanto peculiar, pero cuya edad, cuya masa corporal (siempre me resultará incomprensible que pudieras confiar en un tipo tan alto y flaco como yo) me inspiraba confianza!

Cito aún algunos pasajes de los últimos siete años de su vida, cuando ya había liquidado definitivamente su relación con Felice. Es importante reconocer que esta idea de su delgadez se mantuvo potente hasta el final en él, y tenía todos sus recuerdos.

En la famosa carta al padre del año 1919, vuelve a hallarse un pasaje sobre los primeros baños: «Por ejemplo, recuerdo que muchas veces nos desnudábamos juntos en una caseta. Yo flaco, débil, poca cosa; tú fuerte, grande, ancho. Yo ni siquiera necesitaba salir de la caseta para sentirme un guiñapo, y no solo a tus ojos, sino a los del mundo entero, pues tú eras para mí la medida de todas las cosas».

Lo más impresionante es la referencia que se encuentra en una de las primeras cartas a Milena del año 1920. También aquí sucumbe a la pulsión de presentarse muy pronto, en su delgadez, a una mujer a la que corteja —y corteja a Milena apasionadamente—: «Hace algunos años iba mucho en bote

por el Moldava, lo remontaba remando y luego descendía con la corriente, totalmente tendido en el bote, pasando por debajo del puente. Tengo que haber tenido un aspecto muy grotesco visto desde el puente, a causa de mi delgadez. Un funcionario de mi instituto, que en una ocasión así me vio desde allí, resumió de este modo su impresión, después de haber enfatizado el aspecto cómico: dijo que parecía estar esperando el Juicio Final. Como ese momento en el que ya se han abierto las tapas de los ataúdes, pero los muertos aún están tendidos».

La figura del flaco y del muerto se funden en una: unida a la idea del Juicio Final, se ofrece una imagen de su corporeidad que no podría ser más desolada y funesta. Es como si al flaco o el muerto, que aquí son la misma persona, les quedara la vida justa para dejarse llevar por la corriente y presentarse al Juicio Final.

Durante las últimas semanas de su vida, en el sanatorio de Kierling, los médicos aconsejaron a Kafka no hablar. Respondía las preguntas por escrito, en unas hojas que se han conservado. En una ocasión le preguntaron por Felice y escribió la siguiente respuesta: «En una ocasión iba a ir al mar Báltico con ella (con sus conocidos), pero me avergonzaron mi delgadez y demás miedos».

La especial sensibilidad hacia todo lo que tenía que ver con su cuerpo jamás abandonó a Kafka. Tiene que haberse manifestado ya en su infancia, como se desprende claramente de las citas recogidas. Su delgadez llamó tempranamente la atención sobre su cuerpo. Se acostumbró a prestar atención a todo lo que a este le *faltaba*. Su cuerpo fue un objeto de observación del que nunca se privó, al que nunca pudo sustraerse. En él lo que veía y lo que sentía siempre estaban próximos, lo uno no se podía separar de lo otro. Partiendo de su delgadez, llegó a la incommovible convicción de su debilidad, y quizá no sea tan importante saber si de hecho esto se dio siempre. Porque lo que es seguro es una sensación de amenaza basada en esa convicción. Teme la penetración de fuerzas hostiles en su cuerpo, y para prevenirla sigue atentamente el camino que tendrían que tomar. Poco a poco, se abren paso hasta él ideas relativas a distintos órganos. Empieza a desarrollarse una especial sensibilidad hacia ellos, hasta que cada uno termina por estar sometido a vigilancia propia. Pero eso multiplica los peligros..., hay innumerables síntomas a los que un espíritu desconfiado tiene que prestar

atención, una vez consciente de la singularidad de los órganos y su vulnerabilidad. Dolores aquí y allá se los recuerdan, sería atrevido y censurable no prestarles atención. Anuncian riesgos, son los mensajeros del enemigo. La hipocondría es la calderilla del miedo; es el miedo que busca y encuentra nombre a su dispersión.

Su sensibilidad al ruido es como una alarma, anuncia peligros superfluos, aún inarticulados. Es posible sustraerse a ellos huyendo del ruido como del diablo..., ya hay bastantes peligros conocidos cuyos bien formados ataques repele *poniéndoles nombre*.

Su habitación es un espacio protegido, se convierte en un cuerpo exterior, puede llamarsele *antecuerpo*. «Tengo que dormir solo en una habitación... Es el apocamiento el que intercede por eso: igual que, cuando se está tendido en el suelo, no es posible caerse, a uno no puede ocurrirle nada cuando está solo». Las visitas en su cuarto le resultan insoportables. Incluso la convivencia con su familia bajo un mismo techo le resulta una tortura. «No puedo vivir con otros seres humanos, odio incondicionalmente a todos mis parientes, no por ser mis parientes, no porque sean malas personas..., sino sencillamente porque son las personas que viven más próximas a mí».

De lo que más se queja es de insomnio. Quizá el insomnio no sea más que la vigilancia sobre el cuerpo, que no es posible suspender, que percibe amenazas, acecha señales, las interpreta y las conecta, desarrolla sistemas de contramedidas y tiene que llegar a un punto en el que parezcan controladas: el punto de equilibrio de las amenazas que se mantienen a raya, el punto del descanso. Entonces, el sueño se convierte en redención, en la que la sensibilidad, ese tormento incansable, lo libera y desaparece al fin. Se halla en él una especie de adoración del sueño, lo contempla como panacea, lo mejor que puede recomendar a Felice cuando su estado es de inquietud: «¡Duerme! ¡Duerme!». Incluso el lector percibe esa ocurrencia como un conjuro, una bendición.

Las amenazas al cuerpo incluyen todos los tóxicos que penetran en él: en forma de respiración; de comida y bebida; de medicamentos.

El aire viciado es peligroso. A menudo se habla de él en Kafka. Pensemos en las oficinas situadas en desvanes, en *El proceso*, o en el recalentado estudio del pintor Titorelli. El aire viciado se percibe como desgracia, y lleva al borde de la catástrofe. Los diarios de viaje están llenos del culto al aire

limpio; en sus cartas se advierte con claridad lo mucho que espera del aire fresco. Duerme siempre con la ventana abierta, incluso en medio del invierno más frío. Desaprueba el tabaco; la calefacción consume el aire, y por tanto escribe en un cuarto que no la tiene. Entrena, de manera regular, desnudo ante la ventana abierta. El cuerpo se ofrece al aire fresco de tal modo que este pueda acariciar la piel y los poros... Pero el verdadero aire está fuera, en el campo; más tarde hará suya la vida rural, a la que anima a su hermana favorita, Otlá, durante largos meses.

Busca alimentos de cuya inocuidad pueda estar convencido. Durante largos períodos lleva una existencia vegetariana. Al principio, esta actitud no parece precisamente ascética; en respuesta a una preocupada consulta de Felice, le envía una lista de las frutas que toma por la noche. Trata de mantener tóxicos y peligros alejados de su cuerpo. Naturalmente, se ha prohibido a sí mismo el café, el té y el alcohol.

Hay algo parecido a la ligereza y la arrogancia en sus frases cuando escribe acerca de este aspecto de su vida, mientras la desesperación siempre habla en sus notas referentes al insomnio. El contraste resulta tan llamativo que uno se siente tentado de explicarlo. Su idea del cuerpo como una unidad le atrae hacia las recomendaciones de los naturistas; hace completamente suyo el rechazo de estos de la organoterapia. Él, que en las noches de insomnio examina sus órganos, acecha sus señales, se fija en sus ominosos movimientos, necesita un método que prescriba a su cuerpo la unidad. La medicina oficial le parece dañina, porque se concentra demasiado en los órganos aislados. En cualquier caso, en su rechazo a la medicina hay también un poco de odio hacia sí mismo: también él va en busca de síntomas cuando yace insomne durante las noches.

Por eso, se lanza con una especie de sensación de dicha a cualquier actividad que exija y restablezca la unidad del cuerpo. Nadar, subir a grandes saltos las escaleras de casa, correr, hacer largas marchas al aire libre durante las que se pueda respirar bien, son cosas que le animan y le dan la esperanza de poder escapar por una vez, o más, al desmoronamiento de la noche en vela.

Hacia finales de enero de 1913, después de repetidos y fallidos intentos, Kafka ha abandonado definitivamente la escritura de su novela, de modo que en sus cartas el acento se inclina cada vez más hacia la queja. Se podría decir

que las cartas no sirven más que para quejarse. Su insatisfacción no se ve compensada por nada; las noches en las que volvía en sí, su justificación, su única vida verdadera, forman por el momento parte del pasado. Ya nada le sostiene más que la queja, se convierte en su unidad en vez de la escritura..., mucho menos valiosa, pero sin ella enmudecería por entero y se derrumbaría en sus dolores. Se ha acostumbrado a la libertad de las cartas, en las que puede expresarlo todo, al menos aquí se relaja la rigidez que sufre en el trato con la gente. Necesita las cartas de Felice, que le sigue hablando, como antes, de su vida en Berlín, y no puede quedarse sin una palabra reciente de ella, «es como estar en el vacío». Porque a pesar de la inseguridad «que sigue a la falta de escritura como su mal espíritu» nunca deja de ser su propio objeto de observación, y una vez que uno se ha conformado con aceptar la letanía de la queja como una forma de lenguaje en la que todo lo demás queda salvado, en ese medio que jamás enmudece se perciben las cosas más curiosas acerca de él, manifestaciones de una precisión y una verdad como hay pocas.

Hay una medida inimaginable de intimidad en estas cartas: son más íntimas de lo que lo sería la representación completa de la dicha. No existe un relato comparable de una persona dubitativa, ninguna exposición pública de semejante fidelidad. Una persona primitiva difícilmente podría leer esta correspondencia, tendría que parecerle el espectáculo desvergonzado de una impotencia emocional; porque todo lo que esta supone reaparece una y otra vez: indecisión, miedos, frialdad, falta de amor descrita con todo detalle, un desvalimiento de tales dimensiones que solo la extrema exactitud de la descripción lo hace creíble. Pero todo está hecho de tal modo que se convierte *ipso facto* en ley y conocimiento. Un poco incrédulo al principio, pero con una seguridad que aumenta con rapidez, uno se da cuenta de que no se va a olvidar de nada, como si lo tuviera tatuado en la piel, como en *En la colonia penitenciaria*. Hay autores, pocos, que son ellos mismos tan por entero que cualquier manifestación a su respecto que uno se tomara la libertad de hacer parecería barbarie. Franz Kafka fue uno de esos autores; así que, aun corriendo el riesgo de parecer carente de libertad, hay que atenerse lo más estrictamente posible a sus propias manifestaciones. Sin duda se siente vergüenza cuando se empieza a penetrar en la intimidad de estas cartas. Pero son ellas mismas las que le quitan la vergüenza a uno. Porque al leerlas se advierte que un relato como *La metamorfosis* es todavía más íntimo que ellas,

y se acaba sabiendo qué es lo que lo hace distinto a cualquier otro relato.

Lo importante en Felice era que existía, que no había sido inventada y que, tal como era, no habría sido inventada por Kafka. Era tan diferente, tan activa, tan compacta. Mientras él la observaba de lejos, la idolatraba y la atormentaba. Amontonaba sobre ella sus preguntas, sus ruegos, sus miedos, sus diminutas esperanzas, con tal de forzarle a escribir cartas. El amor que ella le dedicaba le llegaba al corazón en forma de sangre, no tenía otra. Que si no le llamaba la atención que en sus cartas no la amaba en realidad, porque en ese caso solo tendría que pensar en ella y escribir acerca de ella, sino que la adoraba, y de alguna manera esperaba de ella ayuda y bendición en las cosas más absurdas. «A veces pienso, Felice, ya que tienes tal poder sobre mí, transfórmame en una persona que sea capaz de lo evidente». En un buen momento le da las gracias: «Qué sensación sentirse elevado junto a ti, ante este mundo terrible con el que solo me atrevo a enfrentarme durante las noches de escritura».

Siente en sí la menor herida que causa. Su crueldad es la del no combatiente, que siente la herida *de antemano*. Teme el encontronazo, todo se le clava en la carne *a él*, y al enemigo no le sucede nada. Si en una de sus cartas hay algo que podría ofender a Felice, le llama la atención al respecto en la siguiente, la empuja hacia ello, repite su disculpa, ella no advierte nada, en la mayoría de los casos ni siquiera sabe de qué le está hablando. De ese modo, la trata, a su manera, como enemiga.

Consigue resumir en pocas palabras la esencia de su indecisión: «Has conocido alguna vez... la inseguridad, has visto cómo se te abren aquí y allá distintas posibilidades, para ti sola, sin consideración a otros, y que de eso brota una prohibición de moverte siquiera...».

La importancia de esas distintas posibilidades que se abren aquí y allá, el hecho de que las ve todas al mismo tiempo, es algo que no podemos resaltar lo bastante. Porque explican su verdadera relación con el futuro. Porque su obra consiste en buena parte en pasos que tantean distintas posibilidades de futuro. Él no reconoce *unfuturo*, hay muchos, y su pluralidad le paraliza y pesa sobre sus pasos. Solo al escribir, cuando se dirige titubeante hacia uno de ellos, se fija en él excluyendo los otros, pero nunca se ve más de él que lo que permite el siguiente paso. Su verdadero arte es la ocultación de lo lejano.

Probablemente es ese avance en una dirección, la liberación de todas las demás direcciones que serían posibles, lo que le hace feliz al escribir. La medida del logro es el avance mismo, la claridad de los pasos que se consiguen y no saltarse ninguno, que ninguno, una vez dado, resulte dudoso. «Realmente... no soy capaz de contar, casi ni siquiera de hablar; cuando cuento, suelo tener la sensación que podrían tener los niños pequeños cuando empiezan a intentar andar».

Se queja una y otra vez de las dificultades para hablar, de su rigidez cuando está rodeado de personas, y las describe con terrible claridad: «Otra velada innecesaria pasada con distintas personas... Yo me mordía los labios para mantenerme atento, pero a pesar de todos mis esfuerzos no estaba allí, aunque tampoco estaba en otra parte; ¿quizá no he existido durante esas dos horas? Tiene que ser así, porque si me hubiera dormido en mi sillón mi presencia habría sido más convincente». «Creo de veras que estoy perdido para el trato humano». Llega incluso a la sorprendente afirmación de que durante sus viajes, de semanas de duración, con Max Brod *no* ha tenido con él una gran conversación coherente, que pusiera de manifiesto todo su ser.

«Cuando resulto más soportable es en espacios familiares, con dos o tres personas conocidas, entonces soy libre, no siento presión alguna para mantener la atención y la cooperación, pero si me apetece puedo, si lo deseo, participar de todo mientras yo quiera, nadie me echa de menos, a nadie incomodo. Si hay alguna persona desconocida que me llega al alma, tanto mejor, porque puedo volverme vivaz en apariencia con energías prestadas. En cambio, si estoy en una casa ajena, entre varias personas ajenas o entre aquellas que siento como ajenas, la habitación entera me pesa en el pecho y no puedo moverme...».

Tales descripciones las emplea siempre como advertencia en contra suya, y por innumerables que sean las repite una y otra vez. «No descanso en mí, no siempre soy “algo”, y cuando he sido “algo” lo he pagado con meses de “no ser”». Se compara con un pájaro al que alguna clase de huida ha alejado de su nido, y vuela en círculos alrededor de ese nido totalmente vacío y nunca lo pierde de vista.

«Soy una persona distinta de la que era en los primeros dos meses de nuestra correspondencia; no es una nueva transformación, sino una retransformación, probablemente duradera». «Mi estado actual... no es

excepcional. No te entregues a tales engaños, Felice. No podrías vivir junto a mí ni dos días». «Al fin y al cabo eres una chica y quieres a un hombre, no a un gusano blando en el suelo».

Entre los mitos alternativos que levanta a modo de protección, con los que trata de impedir el acercamiento físico y la penetración de Felice en su vida, se halla el de su aversión a los niños.

«Jamás tendré un hijo», escribe ya temprano, el 8 de noviembre, pero lo expresa por envidia hacia su hermana, que acaba de dar a luz a una niña. La cosa se vuelve más grave a finales de diciembre, cuando su decepción hacia Felice se plasma, en cuatro noches sucesivas, en cartas cada vez más sombrías y amenazadoras. Conocemos la primera, es aquella explosión contra Eulenberg, y también la segunda, en la que le reprocha la falta de toda reacción a su *Contemplación*. En la tercera, cita de su colección de dichos de Napoleón la siguiente frase: «Es tremendo morir sin hijos». Y añade: «Y tengo que prepararme para asumirlo, puesto que... jamás podría exponerme a la osadía de ser padre». En la cuarta carta, de Nochevieja, se siente abandonado como un perro y describe casi con odio el ruido de la Nochevieja en la calle. Al final de la carta responde a una frase de ella, «nos pertenecemos el uno al otro incondicionalmente», que es mil veces verdad, y que en esos primeros momentos del nuevo año no tiene un deseo más grande ni más loco que «el de que estuviéramos atados de manera inseparable por las muñecas de tu mano izquierda y de mi mano derecha. No sé muy bien por qué se me ha ocurrido, tal vez porque tengo delante un libro sobre la Revolución francesa, y es posible... que alguna vez una pareja fuera conducida, atada de ese modo, al patíbulo. Vaya cosas que se me pasan por la cabeza... Será por el 13 del nuevo año».

El matrimonio como patíbulo... con esa idea había empezado el año para él. Y a lo largo de todo aquel año nada cambió en su mente, a pesar de todas las vacilaciones y acontecimientos contradictorios. Lo más torturador de su idea del matrimonio tiene que haber sido para él no poder desaparecer en lo pequeño: tener que estar ahí. El miedo a un poder superior es central en Kafka, y su forma de defenderse de él es la transformación en lo pequeño. La sacralización de los lugares y las circunstancias, que se expresa de forma tan sorprendente en él que se percibe como coactiva, no es otra cosa que la sacralización del ser humano. Cada lugar, cada momento, cada rasgo, cada paso son graves e importantes y singulares. Hay que sustraerse a la violencia,

que es injusta, desapareciendo lo más lejos posible. Uno se vuelve muy pequeño, o se transforma en un insecto, para ahorrar a los otros la culpa que cargan sobre sus espaldas por no amar y por matar; uno se «sustraer al hambre» de los otros, que no quieren renunciar a uno con sus nauseabundos usos. Pero no hay ninguna situación en la que esa sustracción sea menos posible que el matrimonio. Hay que estar siempre ahí, se quiera o no, una parte del día y una parte de la noche, en una magnitud que corresponde a la de la pareja, y que es invariable, porque de lo contrario no hay matrimonio. Pero la posición del pequeño, que también allí existe, es usurpada por los hijos.

Un domingo, él experimenta en casa «espantosos, monótonos e ininterrumpidos gritos, cantos y palmadas», con los que su padre divierte por la mañana a un sobrino nieto, por la tarde a un nieto. Hasta las danzas de los negros le resultan más inteligibles. Pero quizá, piensa, no sea ni siquiera el griterío el que le ataca de ese modo los nervios, hace falta fuerza para aguantar niños en una vivienda. «Yo no puedo, no consigo olvidarme de mí mismo, mi sangre no quiere seguir circulando, se atasca por completo», y al fin y al cabo es ese deseo de la sangre el que se presenta como amor a los niños.

Así que también es envidia lo que Kafka siente en presencia de los niños, pero una envidia de otra clase de la que quizá se pudiera esperar, una envidia que viene aparejada con desaprobación. Primero los niños parecen ser los usurpadores de esa pequeñez en la que él quisiera refugiarse. Pero se demuestra que no son lo pequeño que quiere desaparecer, como él. Son lo falsamente pequeño, que está expuesto al ruido y las penosas influencias de los adultos, lo pequeño que se ve instigado a crecer, y que acaba por quererlo, contraviniendo la tendencia más profunda de su naturaleza: hacerse más pequeño, más leve, más sigiloso, hasta desaparecer.

Si se buscan sus posibilidades de dicha, o al menos de bienestar, uno se sorprende al encontrar, después de todos estos testimonios de renuncia, de parálisis y de fracaso, algunas que tienen fuerza y determinación.

Está, sobre todo, la soledad de la escritura. En medio de la escritura de *La metamorfosis*, en su época más plena, ruega a Felice que no le escriba en la cama por las noches, sino que duerma. Debe dejarle a él la escritura nocturna, esa pequeña posibilidad de estar orgulloso del trabajo nocturno; y en prueba

de que el trabajo nocturno es en todas partes, incluso en China, asunto de hombres, transcribe para ella un pequeño poema chino, que ama especialmente. Trabajando en su libro, un erudito ha olvidado la hora de irse a la cama. Su amiga, que hasta entonces ha contenido su ira con esfuerzo, le quita la lámpara y le pregunta: «¿Sabes qué hora es?».

Así contempla él su trabajo nocturno, cuando le va bien, y cuando cita ese poema todavía no es consciente de tener ni un ápice contra Felice. Más tarde, el 14 de enero, cuando la situación ha cambiado, Felice le ha decepcionado y la escritura empieza a fallar, vuelve a pensar en el erudito chino; pero entonces lo usa como frontera contra ella: «Me dijiste en una ocasión que querías sentarte a mi lado mientras yo escribiera; piensa, sin embargo, que entonces no podría escribir... Escribir significa abrirse hasta el exceso... Por eso nunca es suficiente la soledad cuando uno escribe, por eso cuando uno escribe nunca reina el suficiente silencio alrededor, la noche nunca es suficientemente noche. Por eso no puede uno disponer de tiempo suficiente, pues los caminos son largos y extraviarse es fácil... A menudo he pensado que la mejor forma de vida para mí consistiría en hallarme en lo más hondo de un gran sótano cerrado provisto de los utensilios de escribir y de una lámpara. Me traerían la comida y me la dejarían siempre a la puerta exterior del sótano, lo más lejos posible de donde yo me hallara. El camino hasta la comida, envuelto yo en una bata, recorriendo los espacios abovedados del sótano, sería mi único paseo. Después regresaría a mi mesa, comería lenta y concienzudamente, y enseguida reemprendería la escritura. ¡Lo que escribiría entonces! ¡De qué profundidades lo arrancaría!».

Hay que leer esta espléndida carta, nunca se ha dicho nada más puro y riguroso sobre la escritura. Todas las torres de marfil del mundo se derrumban ante el habitante de este sótano, y la *soledad* del escritor, palabra que ha sido objeto de abuso y ha quedado vaciada de sentido, vuelve a tener de pronto significado y peso.

Esta es la única y verdadera dicha que existe para él, que le atrae con todas las fibras de su ser. Una segunda situación, completamente distinta, que le satisface, es la del que está al margen, la contemplación del placer de otros que lo dejan fuera, que no esperan nada de él. Así, por ejemplo, se encuentra a gusto entre personas que comen y beben todo lo que él se niega a sí mismo: «Cuando me siento a una mesa con diez conocidos y todos toman café, siento

al verlo una especie de felicidad. La carne puede humear a mi alrededor, las jarras de cerveza pueden ser vaciadas a grandes tragos, esas jugosas salchichas judías... pueden ser cortadas a mi alrededor por todos mis parientes..., todo eso, y cosas aún peores, no me causa la menor aversión sino que, al contrario, me hace sentir muy bien. Sin duda no es alegría por el mal ajeno..., es más bien la calma, la calma por completo carente de envidia, ante la contemplación del disfrute ajeno».

Quizá estas sean situaciones de bienestar que cabría esperar de él, aunque la segunda está más acentuada de lo que uno habría imaginado. Pero es realmente sorprendente descubrir que también le ha sido dada la felicidad de la expansión, concretamente en la *lectura en voz alta*. Siempre que le cuenta a Felice que ha hecho una lectura pública de sus cosas, el tono de sus cartas cambia. Él, que no es capaz de llorar, tiene lágrimas en los ojos al final de la lectura de *La condena*. La carta del 4 de diciembre, inmediatamente después de esta lectura, es asombrosa en su impetuosidad: «Resulta, amor mío, que disfruto tremendamente leyendo en público; gritar a los oídos atentos y preparados de los oyentes sienta muy bien al pobre corazón. A decir verdad, les he gritado de lo lindo, y con mi aliento he hecho desaparecer sin más la música que, procedente de salas contiguas, pretendía ahorrarme el esfuerzo de leer. Mandar sobre la gente, sabes, o, cuando menos, creer que se tiene el poder de hacerlo... no existe mayor placer para el cuerpo». Aún no hacía muchos años que había soñado con leer en francés en una sala grande, repleta de gente, toda *La educación sentimental* —el libro de Flaubert que más apasionadamente amaba— sin interrupción, durante tantos días y noches como fueran necesarios, «haciendo retumbar las paredes».

No es realmente «mandar» —en este punto no se expresa con exactitud, a causa de la exaltación en la que todavía se encuentra—, es la *Ley* lo que querría anunciar: una ley asegurada de manera infinita y, si se trata de Flaubert, es para él como una ley de Dios, y él sería su profeta. Pero también se nota lo que de liberador y alegre tiene esa clase de expansión, en medio de las angustias de febrero y marzo, de repente le dice brevemente a Felice: «Una hermosa velada en casa de Max. Leí mi historia como en un arrebató». (Se trata probablemente de la parte final de *La metamorfosis*). «Lo hemos pasado bien y nos hemos reído mucho. Cuando se cierran las puertas y ventanas a este mundo, aquí y allá se pueden producir la apariencia y casi el comienzo de una

realidad de una hermosa existencia».

Hacia finales de febrero, Kafka recibe de Felice una carta que le sobresalta, suena como si él no hubiera alegado nada en contra suya, como si ella no hubiera oído nada, no hubiera creído nada, no hubiera entendido nada. Él no entra enseguida en la pregunta que ella le plantea, pero a cambio responde más tarde con desacostumbrada brusquedad: «El otro día me preguntaste... por mis proyectos y perspectivas. La pregunta me sorprendió... No tengo proyectos, desde luego, ni perspectivas, no puedo enfilarse hacia el futuro, sí puedo precipitarme en él, tropezar y caer en él, eso sí, y lo mejor que sé hacer es quedarme tumbado. Pero proyectos y perspectivas no tengo, realmente; cuando me va bien, vivo colmado por el presente, y cuando me va mal, lo maldigo. ¡Tanto más el futuro!».

Es una respuesta retórica, no exacta, la mera forma inverosímil en la que presenta su relación con el futuro lo demuestra. Es una defensa presa del pánico; unos meses después, conoceremos otras explosiones retóricas suyas de esta naturaleza, que se apartan llamativamente del estilo habitual, equilibrado, justo, de sus frases.

Pero desde esta carta empieza a asentarse en él la idea de una visita a Berlín, con la que ha empezado a coquetear semanas antes. Quiere volver a ver a Felice para apartarla de sí con su presencia, ya que sus cartas no lo han conseguido. Elige Pascua para la visita, tiene dos días libres. La forma en que la anuncia es tan característica de su indecisión que es preciso citar estas cartas de la semana anterior a Pascua. Es la primera vez que van a verse después de más de siete meses, la primera que de verdad vuelven a verse después de aquella única velada.

El 16, domingo anterior a Pascua, le escribe: «Te lo pregunto sin ambages, Felice: ¿tendrías el domingo o el lunes de Pascua alguna hora libre, cualquiera, para mí? Y si la tuvieras, ¿te parecería bien que yo fuese?».

El lunes escribe: «No sé si podré viajar, hoy no es seguro todavía, mañana puede que lo sea... El miércoles a las diez lo sabrás seguro».

El martes: «*En sí* subsiste el obstáculo que impediría mi viaje, y mucho me temo que persistirá, pero como obstáculo ha perdido su importancia, de modo que podría ir, siempre y cuando existiera la posibilidad. Solo quería avisarte con urgencia».

El miércoles: «Viajo a Berlín con el único fin de decirte y mostrarte quién soy, a ti, la engañada por las cartas. ¿Lo haré con más claridad en persona que por escrito?... ¿Dónde puedo encontrarte el domingo por la mañana? Si a pesar de todo algo me impidiera emprender el viaje, telegrafiaría a más tardar el sábado».

El jueves: «... a las viejas amenazas se suman ahora otras que pueden ser posibles obstáculos para el breve viaje. Resulta que durante la Pascua se suelen celebrar —no lo había pensado— congresos de toda clase de asociaciones...». Quizá tuviera que participar en uno de esos congresos como representante de su compañía de seguros.

El viernes: «... Aún no es en absoluto seguro que pueda viajar; se decidirá mañana por la mañana... Si voy, me alojaré probablemente en el Askanischer Hof... Eso sí, tendré que haber dormido muy bien antes de presentarme ante ti».

Esta carta no la echa al correo hasta el sábado 22 por la mañana. En el sobre figura, como última noticia: «Aún sin decidir». Pero luego, ese mismo día, se sube al tren de Berlín y llega allí a última hora de la noche.

El domingo de Pascua, 23, le escribe desde el Askanischer Hof: «¿Qué ha pasado, Felice?... Ahora estoy en Berlín, tengo que irme a las cuatro o las cinco de la tarde, las horas pasan y no sé nada de ti. Por favor, envíame respuesta con el botones... Te espero en el Askanischer Hof».

Felice no creía que fuera a ir, cosa comprensible después de los contradictorios anuncios recibidos a lo largo de la semana. Él se pasó cinco horas tumbado en el canapé de su habitación de hotel, esperando su incierta llamada. Vivía muy lejos, al final se dio cuenta, tenía poco tiempo, iban a verse por segunda vez durante unos instantes. Era el primer reencuentro después de más de siete meses.

Sin embargo, Felice parece haber aprovechado bien incluso esos pocos instantes. Asume la responsabilidad de todo. Él se le ha vuelto imprescindible, dice. El importante resultado de esta visita es que deciden volver a verse en Pentecostés. En vez de siete meses, esta vez la separación ha de durar tan solo siete semanas. Se tiene la impresión de que Felice les ha puesto un objetivo a ambos e intenta insuflarle energías para una decisión.

Catorce días después de su regreso, él la sorprende con la noticia de que ha estado trabajando en un huerto a las afueras de Praga, bajo una lluvia

fresca, vestido tan solo con camisa y pantalones. Le ha sentado bien. Su principal objetivo era «librarme por unas horas de los tormentos que me inflijo a mí mismo, encontrar algo opuesto al trabajo fantasmagórico de la oficina..., realizar un trabajo tosco, honesto, útil, silencioso, solitario, sano y esforzado». De ese modo, también, quiere ganarse un sueño un poco mejor durante la noche. Poco antes le ha adjuntado una carta de Kurt Wolff, en la que este le pide *El fogonero* y *La metamorfosis*. Le parece la reanimación de la esperanza de ser valorado por ella como autor.

Pero, ya el 1 de abril, también le ha escrito una carta completamente distinta, una de esas cartas contradictorias que suele anunciar de antemano para subrayar su carácter definitivo. «Mi verdadero temor —sin duda no puede decirse ni oír nada peor— es que jamás podré poseerte... Que estaré sentado a tu lado sintiendo, tal como ha ocurrido ya, el aliento y la vida de tu cuerpo junto a mí, y encontrándome, no obstante, más lejos de ti que ahora en mi habitación... Que siempre permaneceré excluido de ti, por mucho que te inclines hacia mí, hasta el punto de ponerte en peligro...». Esta carta apunta al miedo a la impotencia, pero no hay que sobreestimarla, solo debe entenderse como uno de sus múltiples miedos físicos, de los que ya hemos hablado extensamente. Felice no reacciona a ella, como si no entendiera en absoluto de qué le habla o como si ya le conociera demasiado bien como para querer entender.

Pero, durante los diez días que ella pasa en Frankfurt, trabajando para su empresa en una exposición, él tiene pocas noticias de ella, postales si acaso, y un telegrama desde el palacio de congresos. También desde Berlín, a su regreso, le escribe menos veces y cartas más breves. Quizá se ha dado cuenta de que ese es el único medio del que dispone para influir sobre él, y que con la privación de sus cartas lo acerca más a la decisión que espera. Él se muestra alarmado. «Las últimas cartas son diferentes. Mis asuntos ya no te importan tanto y, lo que es peor, ya no te interesa escribirme sobre ti». Habla del viaje de Pentecostés con ella. Quiere conocer a sus padres, un paso importante. Le pide que no vaya a recogerle a la estación, siempre llega en un estado espantoso.

Los días 11 y 12 de mayo vuelve a verla en Berlín. Esta vez, pasa con ella más tiempo que en Pascua, y es recibido por su familia. Le ha dado, escribe poco después, la impresión de una absoluta resignación en lo que a él se

refiere. «Me sentía tan pequeño, y todos se alzaban gigantescos a mi alrededor, con una expresión de fatalismo en sus rostros. Todo ello se correspondía con las circunstancias: ellos te poseían y eran por tanto grandes, yo no te poseía y era por tanto pequeño... Debo de haberles causado una impresión muy fea...». Es curiosa, en esta carta, la traducción de las relaciones de posesión y poder en términos de pequeñez y grandeza física. Lo pequeño como impotente nos es bien conocido por sus obras. La imagen contraria la tenemos aquí en los gigantescos, para él superiores miembros de la familia Bauer.

Pero no es solo la familia, especialmente la madre, la que le asusta y paraliza, también está inquieto con la clase de efecto que ha causado en la propia Felice: «... tú no eres yo, tu esencia es actuar, tú eres activa, piensas con rapidez, te das cuenta de todo, te he visto en tu casa..., te he visto entre gente extraña en Praga, siempre te muestras interesada y al mismo tiempo segura, pero ante mí languideces, miras para otro lado o clavas la vista en la hierba, soportas estoicamente mis estúpidas palabras y mi mucho más justificado silencio, no quieres saber nada de mí seriamente, sufres y sufres y no haces más que sufrir...». Apenas se queda con ella a solas, ella se comporta como él: enmudece, se vuelve insegura y desganada. En todo caso, es probable que él no haya entendido bien el motivo de su inseguridad. Ella no puede querer seriamente saber nada de él, porque sabe qué pasaría si lo supiera: nuevas y muy elocuentes dudas, a las que ella no tendría otra cosa que oponer que su sencilla decisión de comprometerse. Por lo demás, es llamativo lo determinada que su imagen de ella ha quedado por aquella tarde en Praga «entre gente extraña». Quizá ahora veamos por qué se ha hablado tan por extenso de aquella primera velada.

Pero, fueran cuales fueran los nuevos reparos causados por la conducta de ella en su presencia, promete escribirle a su padre una carta, que antes va a enviarle para que la valore. La anuncia el 16 de mayo, la vuelve a anunciar el 18, el 23 reseña detalladamente lo que va a figurar en ella, pero jamás la escribe, no lo consigue, no puede escribirla. Entonces, ella se sirve de su única arma, el silencio, y le deja diez días sin noticias suyas. Viene «el fantasma de una carta», de la que él se queja amargamente, la cita: «Estamos sentados todos juntos aquí en el restaurante del zoo, después de haber pasado toda la tarde en el zoo. Ahora estoy escribiendo aquí debajo de la mesa

mientras converso sobre los planes de viaje para el verano». Él le implora que las cartas sean como las de antes: «Felice, amor mío, vuelve a escribirme como antes, por favor, sobre la oficina, las amigas, la familia, los paseos, los libros. No sabes cuánto lo necesito para vivir». Quiere saber si le encuentra algún sentido a *La condena*. Le envía *El fogonero*, recién publicado. En una ocasión ella escribe más por extenso, esta vez con dudas. Él prepara un «tratado» para responderle, pero como aún no está listo después de ese mensaje de ella sus cartas vuelven a quedar suspendidas. El 15 de junio, presa de la desesperación ante su silencio, él escribe: «¿Qué quiero yo de ti? ¿Qué me impulsa a perseguirte? ¿Por qué no desisto? ¿Por qué no hago caso a ninguna señal? Con el pretexto de querer liberarte de mí, me arrimo a ti...». Luego, el 16 de junio, le envía al fin el «tratado» que ha estado escribiendo una semana entera, con detenciones. Es la carta en la que le pide que sea su mujer.

Es la más extraña de todas las solicitudes de matrimonio. En ella acumula las dificultades, dice incontables cosas acerca de sí mismo que se oponen a la convivencia conyugal, y exige de ella que piense en todas esas cosas. En las cartas que siguen a esta añade otras dificultades. En ellas se expresa con mucha claridad su propia resistencia a la convivencia con una mujer. Pero está igual de claro que teme la soledad y piensa en la energía que la presencia de otra persona podría darle. En el fondo, pone condiciones imposibles de cumplir para un matrimonio, y cuenta con una negativa que desea y provoca. Pero también espera encontrar en ella un sentimiento fuerte, imperturbable, que barra todas las dificultades y le acepte a pesar de ellas. En cuanto ella dice sí, le queda claro que no debía haber dejado la decisión en sus manos. «Mis argumentos en contra no han acabado, pues su serie es infinita». Aparenta aceptar su sí y la toma como su «...querida novia. Pero añado enseguida... que le tengo un miedo absurdo a nuestro futuro y a la desdicha que mi naturaleza y mi culpa pueden provocar en nuestra convivencia y que ha de afectarte primero y plenamente a ti, porque en el fondo soy un hombre frío, egoísta e insensible a pesar de toda la debilidad que, más que atenuarlo, lo oculta».

Entonces empieza su lucha implacable contra el compromiso, que se extiende a lo largo de los dos meses siguientes y termina con su huida. La frase que acabamos de citar es característica de la forma de esta lucha. Mientras

antes se ha descrito se podría decir que honestamente, ahora, con el creciente pánico, llega un tono retórico a sus cartas. Se convierte en abogado contra sí mismo, que trabaja por todos los medios, y no cabe negar que a veces son de naturaleza vergonzosa. Hace —por iniciativa de su madre— que una oficina de detectives de Berlín recabe información acerca de la reputación de Felice y luego le describe el «informe... terrorífico e infinitamente cómico. Aún tendremos ocasión de reírnos de ello». Ella parece aceptarlo con calma, quizá a causa del tono de diversión, de cuya falsedad no se da cuenta. Pero justo después, el 3 de julio, el día en que él cumple treinta años, le comunica que sus padres han manifestado el deseo de recabar también informes acerca de su familia, y él ha dado su consentimiento. Con eso la ha herido profundamente. Felice ama a su familia. Él defiende el paso que ha dado con argumentos de sofista, incluso vuelve a echar mano de su insomnio y, aunque no admite en absoluto haber obrado mal, le pide disculpas por haberla ofendido, y retira a sus padres el consentimiento para recabar la información. Este asunto guarda tal contradicción con su carácter habitual que solo cabe explicarlo a causa de su pánico a las consecuencias del compromiso.

Si se trata de salvarse del matrimonio, no le queda otra cosa que la elocuencia en contra de sí mismo. Es reconocible como tal en el acto, su principal indicio es que disfraza sus propios miedos de preocupación por Felice: «¿No llevo meses retorciéndome ante ti como algo venenoso? ¿No estoy ora aquí, ora allá? ¿No te sienta fatal verme? ¿Sigues sin comprender que he de quedarme encerrado en mí mismo para evitar la desgracia, tu desgracia, Felice?». La invita a hacerle *publicidad negativa* con su padre, incluso entregándole sus cartas: «Sé sincera con tu padre, Felice, ya que yo no lo he sido; dile quién soy, muéstrale cartas, sal con su ayuda del círculo maldito en el que te he metido con mis cartas y ruegos y conjuros, cegado como estaba y como estoy por el amor». El tono rapsódico es casi como de Werfel, lo conocía bien y se sentía atraído por él de un modo que hoy parece inexplicable.

No cabe dudar de la veracidad de su tormento, y cuando deja a Felice al margen, lo que aquí no parece más que una maniobra de distracción, dice cosas acerca de sí que le llegan a uno al corazón. Su opinión acerca de su constitución y naturaleza es implacable y terrible. Voy a mencionar aquí, entre tantas frases, solo una, que me parece la más importante y espantosa: que,

junto a la indiferencia, el miedo es el sentimiento fundamental que alberga hacia las personas.

Esto permite explicar el carácter único de su obra, en la que *faltan* la mayoría de los afectos de los que la literatura bulle, charlatana y caótica. Si lo pensamos con valentía, nuestro mundo se ha convertido en un mundo en el que reinan el miedo y la indiferencia. Desde el momento en que Kafka se expresaba sin indulgencia al respecto, es el primero que ha dado con la imagen de *este* mundo.

El 2 de septiembre, después de dos meses de tortura en incesante incremento, Kafka anuncia a Felice, de repente, su huida. Es una larga carta, y está escrita en dos lenguajes, tanto el retórico como el de su inteligencia. Para ella, «la máxima felicidad humana» —para él naturalmente no lo es— a la que él renuncia para escribir. Para él, la enseñanza que toma de sus modelos: «De los cuatro hombres que percibo como verdaderos parientes consanguíneos..., de Grillparzer, Dostoievski, Kleist y Flaubert, solo Dostoievski se casó, y tal vez solo Kleist encontró la salida correcta al pegarse un tiro..., acosado por la penuria interna y externa». El sábado viaja al Congreso Internacional de Salvamento e Higiene, a Viena, donde se quedará probablemente hasta el siguiente sábado, luego se va a Riva, al sanatorio, va a quedarse allí y en los últimos días tal vez haga un pequeño viaje por el norte de Italia. Va a emplear ese tiempo en estar tranquilo. Está dispuesto a renunciar a las cartas en pro de esa tranquilidad. Es la primera vez que no pide que le escriba. Tampoco él va a escribir. Quizá por tacto, calla que el congreso que realmente lo atrae a Viena es el congreso sionista: hace un año que han acordado ese viaje común a Palestina.

Pasó unos días malos en Viena. El congreso y las muchas personas que vio le resultaron insoportables, en su estado de desolación. Trató en vano de rehacerse con ayuda de algunas anotaciones en su diario, y siguió ruta a Venecia. En una carta escrita a Felice desde Venecia, su rechazo a una unión con ella parece más decidido. Luego siguieron los días en un sanatorio en Riva, donde conoció a «la suiza». Se aproximó a ella con rapidez, surgió de esto un amor que él, a pesar de toda la delicadeza de su discreción, no negó jamás; no duró más de diez días. Parece que por un tiempo lo liberó de su odio autodestructivo. Durante seis semanas, entre mediados de septiembre y finales de octubre, la unión entre Kafka y Felice estuvo rota. Él ya no le escribía, todo

le resultaba más soportable que su insistencia en el compromiso. Dado que no tenía noticias suyas, ella le envió a su amiga Grete Bloch a Praga con el ruego de que mediara entre ellos. A través de una tercera persona, empezaba una fase nueva y muy curiosa de su relación.

En cuanto Grete Bloch saltó a la palestra, Kafka se dividió. Las cartas que escribía a Felice el año anterior, ahora se las dirige a Grete Bloch. Ahora es de ella de la que quiere saberlo todo, y plantea las mismas viejas preguntas. Quiere imaginarse cómo vive, su trabajo, su oficina, sus viajes. Quiere respuestas inmediatas a sus cartas y, como a veces vienen con retraso, aunque muy pequeño, le pide un ritmo regular, que no obstante ella rechaza. Él se interesa por su salud; quiere saber lo que lee. En algunas cosas lo tiene más fácil que con Felice, Grete Bloch es más ágil, más receptiva, más apasionada. Acepta sus sugerencias; incluso aunque no lea enseguida lo que él le recomienda, toma nota y vuelve sobre ello más adelante. Aunque vive de forma menos sana y más desordenada que Felice, reflexiona acerca de sus consejos en estas cuestiones, los tiene en cuenta en sus respuestas y le insta a hacerle propuestas aún más decididas, no tiene que sentir que su influencia es completamente improductiva. En estas cartas se muestra más seguro; si no se tratara de él, se siente uno tentado de decir que más imperativo. Naturalmente, abreviar aquella correspondencia anterior le resulta más fácil que con la original, es un teclado en el que ha practicado. Hay en estas cartas algo de jugueteo, cosa que las anteriores raramente tenían, y él busca abiertamente su afecto.

Pero hay dos cosas sustancialmente distintas. Se queja mucho menos, es casi ahorrativo con sus quejas. Dado que Grete Bloch se le abre pronto y le habla de sus propias dificultades, él se ve conmovido por su tristeza y le tranquiliza, ella se convierte un poco en su compañera de fatigas, finalmente en él mismo. Trata de llenarla de sus propias aversiones, a Viena por ejemplo, que odia desde su desdichada semana del verano anterior, y adonde le escribe. Hace todo lo necesario para apartarla de Viena, y lo consigue. Encima, ella tiene la suerte de ser muy competente, al menos él la toma por tal, es el único rasgo que tiene en común con Felice, y él puede, como antes, fortalecerse en él.

Sin embargo, el principal objeto de estas cartas sigue siendo Felice. La primera vez que Grete Bloch se ha presentado en Praga ha sido como

mensajera suya. Desde el principio, él puede discutir abiertamente con ella todo lo que le ocurre en este asunto. Ella sabe seguir alimentando la fuente originaria de su interés por ella. Ya en la primera conversación le cuenta cosas de Felice que suscitan su aversión: la historia de su tratamiento dental, por ejemplo; aún tendremos ocasión de saber más acerca de sus nuevos dientes de oro. Pero también media cuando él está angustiado y, cuando no pide nada más, consigue mover a Felice a escribirle una postal o enviarle cualquier otra noticia. Su gratitud aumenta su inclinación hacia Grete Bloch, pero él deja muy claro que su interés por Grete solo tiene que ver con la relación que ambos tienen con Felice. Sus cartas se van haciendo cada vez más cálidas en lo que tiene que ver con Grete, en cambio describe a Felice con ironía y distancia.

Precisamente esa distancia que alcanza a través de la correspondencia con Grete Bloch, y sin duda también las conversaciones con el escritor Ernst Weiss, su nuevo amigo, que no quiere a Felice y le desaconseja casarse con ella, refuerzan la testarudez de Kafka, que vuelve a cortejarla. Ahora, se muestra decidido a seguir adelante con el compromiso y la boda, y lucha por ellos con una seguridad en el objetivo de la que no se le hubiera creído capaz a juzgar por su anterior conducta. Sin duda sigue siendo consciente de su culpa del año anterior, cuando en el último momento antes del compromiso público dejó plantada a Felice y se fue a Viena y Riva. En una gran carta de cuarenta páginas, escrita en el paso del año 1913 al 14, habla a Felice de la suiza y al mismo tiempo pide por segunda vez su mano.

La resistencia de ella no es menos testaruda que el cortejo de él, lo que después de su experiencia no sería fácil tomarle a mal. Pero precisamente esa resistencia le vuelve más seguro y obstinado. Soporta humillaciones y penosos reveses porque puede contárselos a Grete Bloch, enseguida le informa de todo detalladamente. Una parte muy considerable de su manera de atormentarse a sí mismo se transforma en acusación contra Felice. Si se leen las cartas, escritas a menudo el mismo día, una detrás de otra, a Grete y Felice, no cabe duda de a quién va dirigido su amor. Las palabras de amor que aparecen en las cartas a Felice suenan falsas e inverosímiles, en cambio en las cartas a Grete Bloch se perciben entre líneas, en la mayoría de los casos no pronunciadas pero tanto más válidas.

Durante dos meses y medio, Felice se mantiene dura e indiferente. Le devuelve, reducido a sus primitivas frases, todo lo embarazoso que él ha dicho

el año anterior acerca de sí mismo. Pero la mayoría de las veces no se manifiesta en absoluto; durante una visita repentina que él le hace en Berlín, alcanza su más profunda humillación en el curso de un paseo por el Tiergarten. Se humilla ante ella «como un perro», y no consigue nada. El relato de esa humillación, y el efecto que ha tenido en él, repartido a lo largo de varias cartas a Grete Bloch, es también importante, con independencia de su relación con los problemas del compromiso. Pone de manifiesto lo mucho que Kafka sufre con las humillaciones. Sin duda su don más peculiar era transformarse en pequeño, pero empleaba ese don para reducir las humillaciones, y lograr reducir las era lo que le gustaba. En este sentido se distingue mucho de Dostoievski; al contrario que este es una de las personas más orgullosas que existen. Dado que está empapado de Dostoievski y a menudo se manifiesta dentro de ese medio, a veces uno se siente tentado de malinterpretarlo en este punto. Pero él nunca se ve como un gusano sin odiarse por eso.

La pérdida del guapo hermano de Felice, al que ella admiraba, que — según parece— ha tenido que dejar Berlín y emigrar a América por un feo asunto de dinero, causa inseguridad en ella y hace desmoronarse sus defensas. Kafka ve su ventaja enseguida, y al cabo de otras cuatro semanas consigue obligarla por fin a comprometerse. En Pascua de 1914 se produce en Berlín el compromiso officioso.

Justo después de su regreso a Praga, le cuenta a Grete Bloch: «No sé de nada que yo haya hecho nunca con esa certeza». Pero también había otra cosa, que le falta tiempo para escribirle: «Mi compromiso o mi matrimonio no cambiarán ni un ápice nuestra relación, en la cual, para mí al menos, residen posibilidades hermosas y del todo imprescindibles». Vuelve a manifestar su ruego de encontrarse con ella, ruego que ya le ha expuesto antes a menudo, a ser posible en Gmünd, a mitad de camino entre Praga y Viena. Mientras antes pensaba en encontrarse solos el sábado por la tarde en Gmünd y volver cada uno a su ciudad el domingo por la tarde, ahora piensa en un encuentro junto con Felice.

Su calidez hacia Grete aumenta desde el compromiso de Pascua. Sin ella no lo habría conseguido, lo sabe. Ella le ha dado fuerza y distancia respecto de Felice. Pero ahora, llegados a ese punto, le resulta aún más imprescindible. Sus ruegos de que prosiga su amistad alcanzan un carácter tempestuoso para sus circunstancias. Ella reclama que le devuelva sus cartas, él no quiere

dárselas. Las quiere como si fueran las de su novia. Él, que realmente no soporta a nadie en su habitación y en su casa, la invita de manera apremiante a pasar el invierno en su casa común con Felice. Le conjura a ir a Praga y, en vez de con su padre, viajar con él a Berlín para el compromiso oficial. Se sigue interesando, de manera quizá aún más intensa, por sus asuntos más personales. Ella le anuncia que ha visitado la habitación de Grillparzer en el Museo de Viena, a lo cual él le había invitado durante largo tiempo. Le da las gracias por la noticia con las siguientes frases: «Fue muy amable por su parte ir al museo... Tenía la necesidad de saber que estuvo usted en la habitación de Grillparzer y que, por tanto, se estableció una relación física entre esa habitación y mi persona». Ella tiene dolores de muelas, él reacciona con muchas preguntas preocupadas y describe, con ocasión de esto, el efecto que le produce «la dentadura casi toda de oro» de Felice: «Al principio tenía que bajar la vista ante los dientes de F., tanto me horrorizaba ese oro brillante (un brillo realmente infernal en aquel sitio tan poco adecuado)... Más adelante fijaba la vista deliberadamente... para torturarme y, finalmente, para persuadirme de que todo aquello era efectivamente real. En un momento de irreflexión, incluso pregunté a F. si no le daba vergüenza. Afortunadamente no se avergonzaba, claro está. Ahora sin embargo me he reconciliado casi por completo con eso... Ya no desearía eliminar yo esos dientes de oro... nunca he deseado eliminarlos. Ocurre simplemente que ahora me parece que casi quedan bien, se me antojan particularmente precisos... un defecto humano nítido, amable, siempre evidente, al que la vista no puede sustraerse y que tal vez me acerca más a F. que una dentadura sana y en cierta medida también horrible».

Ahora quería tomar por esposa a Felice *con* sus defectos, que ahora veía, y había otros además de los dientes de oro. El año anterior, él se le había mostrado a ella del modo más espantoso, con todos sus defectos. No había podido apartarla de él con esa estampa, pero su verdad había cobrado tal fuerza sobre él que huyó de ella y de Felice, a Viena y después a Riva. Allí, en su soledad y en su desgracia, encontró a «la suiza» y pudo amar, de lo que no se sentía capaz. De ese modo su «construcción», como él la llamaría más adelante, quedaba sacudida. Yo creo que era también una cuestión de orgullo reparar su falta y ganar a Felice como esposa. Pero ahora tenía delante de sus ojos, como una sólida resistencia, el efecto de la presentación de sí mismo que

había hecho. Solo era posible la compensación si la tomaba por esposa como ella a él por marido, con todos sus defectos, que ahora buscaba con avidez. Pero no era amor, aunque él le dijera otra cosa. En el curso de la muy dura lucha con Felice había nacido su amor por la mujer sin cuya ayuda no habría vencido en esa lucha, por Grete Bloch. Ahora el matrimonio solo era completo si la incluía en él en sus pensamientos. Todas sus acciones instintivas en las siete semanas que van de Pascua a Pentecostés van en esa dirección. Sin duda también esperaba su ayuda en las penosas situaciones externas en las que pronto iba a encontrarse, y que temía. Pero representaba un papel en esto la idea integral de que un matrimonio que el sentía como una especie de obligación, una aportación moral, no podía salir bien sin amor, y con la presencia de Grete Bloch, por quien lo sentía, habría llevado el amor a su matrimonio.

En este contexto, hay que decir que en Kafka el amor, que raras veces se sentía libre en la conversación, surgía a través de su palabra escrita. Hay que mencionar a Felice, Grete Bloch y Milena como las tres mujeres más importantes de su vida. Para cada una de las tres, sus sentimientos nacieron a través de cartas.

Lo que era de esperar ocurrió: el compromiso oficial en Berlín se convirtió en motivo de espanto para Kafka. A pesar de la presencia de Grete Bloch, que tanto había deseado, en la recepción en casa de la familia Bauer, el 1 de junio de 1914, se sintió «atado como un criminal. Si me hubiesen puesto en un rincón con cadenas de verdad y apostado gendarmes delante de mí, y solo de esa forma me hubieran dejado observar, no habría sido peor. Y aquello era mi compromiso de boda, y todos se esforzaban por devolverme a la vida, y, como no lo conseguían, por soportarme tal como soy». Eso dice el apunte hecho en su diario pocos días más tarde. En una carta a Felice fechada casi dos años después, describe otro espanto de aquellos días que seguía teniendo metido en los huesos, y que fue cuando fueron juntos, en Berlín, a comprar «muebles para la vivienda de un funcionario en Praga». «Pesados muebles que, una vez instalados, parecían imposibles de mover. Precisamente su solidez era lo que tú más apreciabas. El aparador me oprimía el pecho, un completo monumento funerario, o un monumento a la vida funcional de Praga. Si durante la visita hubiera resonado, al fondo del almacén de muebles, la campanilla de un viático, no me habría parecido inadecuada».

Ya el 6 de junio, unos días después de la recepción, escribía, de vuelta en Praga, una carta a Grete Bloch que a los lectores de la correspondencia del año anterior les resultará inquietantemente familiar: «Querida señorita Grete, ayer volvió a ser uno de esos días en que estuve totalmente atado, incapaz de moverme, incapaz de escribirle a usted la carta hacia la cual me empujaba todo cuanto en mí quedaba de vida. A veces —es usted la única persona que lo sabe, por el momento— no sé realmente cómo puedo asumir la responsabilidad de casarme siendo tal como soy».

Sin embargo, la actitud hacia él de Grete Bloch había cambiado de forma decisiva. Ahora vivía en Berlín, como él quería, y ya no se sentía tan abandonada como en Viena. Tenía a su hermano, al que quería, pero también a otras personas de antaño, veía a Felice. Su misión, es decir, lograr el compromiso, en la que sin duda había creído, había quedado cumplida. Pero, hasta poco antes de mudarse a Berlín, había estado recibiendo las cartas de Kafka, que eran cartas de amor a ella apenas veladas, las había respondido, entre ellos había secretos que se referían a Felice, y sin duda también en ella había nacido un fuerte sentimiento hacia él. El vestido que iba a llevar en el compromiso había sido discutido en sus cartas, era como si ella fuera la novia. «No lo retoque más —escribe él acerca de *su* vestido—, pues sea como sea será observado con los ojos más cariñosos». Esta carta la envía un día antes del viaje y del compromiso.

El compromiso, en el que no era la novia, tiene que haber sido un *shock* para Grete. Cuando poco después él se quejaba en una carta de que todavía quedaban tres meses hasta la boda, ella le escribía: «Sin duda podrá sobrevivir tres meses». Esta manifestación tan solo —se conoce tan poco de ella— es prueba suficiente de los celos que sin duda tuvo que sufrir. En la proximidad de Felice en la que ahora vivía, tenía que sentirse especialmente culpable. Solo podía liberarse de esa culpa traspasándosela a Felice. Así que de pronto se convirtió en la enemiga de Kafka, y empezó a acechar con recelo la seriedad de su decisión de casarse. Él en cambio seguía escribiéndole lleno de confianza, y cada vez descargaba más en sus cartas el miedo al inminente matrimonio con Felice. Ella empezó a atacarle, él se defendió con los viejos argumentos de su hipocondría y se explicó, puesto que era ella la que le hablaba, de manera más convincente y superior que en las cartas a Felice del año anterior. Consiguió alarmarla, ella advirtió a Felice, y fue llamado «al

tribunal» a Berlín.

Con el «tribunal» del Askanischer Hof de julio de 1914, se alcanza la crisis en la doble relación con las dos mujeres. La disolución del compromiso, hacia la que todo presionaba en Kafka, le ha sido, en apariencia, impuesta desde fuera. Pero es como si él mismo hubiera escogido los miembros de este tribunal, él los ha preparado como ningún fiscal. El escritor Ernst Weiss, que vivía en Berlín, era su amigo desde hacía siete meses, y además de sus cualidades literarias traía a esa amistad algo que para Kafka era inestimable: su inmovible aversión hacia Felice; había sido desde el principio enemigo de aquel compromiso. Kafka llevaba ese mismo tiempo luchando por el amor de Grete Bloch. La había hechizado con sus cartas y puesto cada vez más de su parte. En el tiempo transcurrido entre el compromiso privado y el oficial, sus cartas de amor habían ido dirigidas, en vez de a Felice, a Grete Bloch. Eso la había puesto en una situación forzada, de la que solo había una liberación para ella: una inversión que la convirtiera en su jueza. Ella fue quien esgrimió los puntos de la acusación de Felice; eran pasajes de las cartas de Kafka a ella, subrayados en rojo. Felice llevó consigo al «tribunal» a su hermana Erna, quizá como contrapeso de su enemigo Ernst Weiss, que también estaba presente. La acusación, que fue dura y odiosa, fue expuesta por la propia Felice, de los escasos testimonios conservados no se desprende con claridad si Grete Bloch también intervino directamente, y en qué medida. Pero estaba allí, y Kafka la sentía como la verdadera jueza. No dijo una palabra, no se defendió, y el compromiso quedó arruinado, como él deseaba. Abandonó Berlín y pasó dos semanas junto al mar en compañía de Ernst Weiss. En su diario describe la paralización de los días de Berlín.

A posteriori, se puede advertir también que de ese modo Grete Bloch impedía una unión de la que estaba celosa. Incluso se puede decir que Kafka la había dirigido hacia Berlín, con una especie de intuición cautelar, y allí la había puesto con sus cartas en un estado en el que ella en vez de él encontró las fuerzas para salvarlo del compromiso.

Pero aquella manera de romper el compromiso, su forma concentrada de «tribunal» —desde entonces él nunca lo llamó de otra forma— tuvo un efecto abrumador sobre él. A principios de agosto su reacción empezó a formularse. El proceso que hasta ahora, a lo largo de dos años, había tenido lugar en cartas entre Felice y él, se transforma ahora en ese otro *proceso* que todo el

mundo conoce. Es el mismo proceso, él lo había ensayado; el hecho de que incluya infinitamente más de lo que solo las cartas permiten reconocer no debe engañar acerca de la identidad entre ambos. La fuerza que antes había buscado en Felice se la dio entonces el *shock* del «tribunal». Al mismo tiempo se celebraba el Juicio Final..., había estallado la Primera Guerra Mundial. Su aversión hacia los acontecimientos de masas que acompañaron ese estallido aumentó su fuerza. Él no conocía ese desprecio por los acontecimientos privados con el que los escritores que no tienen nada que decir tratan de distinguirse de los genuinos. Quien piensa que le ha sido dado separar su mundo interior del exterior es que no tiene un mundo interior del que haya que separar nada. En el caso de Kafka, la debilidad que sufría, la temporal suspensión de sus energías vitales, solo hacía posible de manera muy esporádica la manifestación y objetivación de sus procesos «privados». Para alcanzar la continuidad que consideraba imprescindible, necesitó dos cosas: una sacudida muy fuerte, pero de alguna manera falsa —como ese «tribunal» que movilizó hacia el exterior, en su defensa, su atormentadora búsqueda de la exactitud—, y una conexión entre el infierno exterior del mundo y su infierno interior. Ese fue el caso en agosto de 1914, él mismo advirtió la relación y la expresó con claridad a su manera.

II

Dos acontecimientos decisivos en la vida de Kafka, que conforme a su modo de ser había deseado especialmente privados, se habían desarrollado en la más embarazosa publicidad: el compromiso oficial en casa de la familia Bauer, el 1 de junio, y seis semanas después, el 12 de julio de 1914, el «tribunal» en el Askanischer Hof, que llevó a la ruptura de dicho compromiso. Se puede demostrar que el contenido emocional de ambos acontecimientos entra directamente en *El proceso*, cuya escritura empezó en agosto. El compromiso se ha convertido en la detención del primer capítulo; el «tribunal» se encuentra, en forma de ejecución, en el último.

Algunos pasajes de los diarios dejan tan clara esta relación que uno puede permitirse ponerlos a prueba. La integridad de la novela no se ve afectada por esto. Si existiera la necesidad de resaltar su importancia, el conocimiento del presente volumen de cartas sería un medio para hacerlo. Por suerte, tal necesidad no existe. Pero la novela en modo alguno pierde nada de su secreto, creciente desde siempre, a causa de la siguiente reflexión, que al fin y al cabo es una injerencia.

La detención de Josef K. tiene lugar en una casa bien conocida para él. Arranca cuando aún está en la cama, el sitio más familiar para cualquier persona. Lo que ocurre esa mañana es tanto más incomprensible cuanto que ante él hay una persona completamente desconocida, y una segunda le comunica la detención poco después. Pero esta notificación es provisional, y el verdadero acto ritual de la detención tiene lugar delante del inspector en el cuarto de la señorita Bürstner, donde a ninguno de los presentes, incluyendo al propio K., se le ha perdido nada. Se le invita a vestirse formalmente para este acto. En el cuarto de la señorita Bürstner se encuentran, además del inspector y los dos guardias, tres jóvenes a los que K. no reconoce, o no hasta mucho

más tarde, funcionarios del banco en el que ostenta un alto cargo. Desde la casa de enfrente miran personas desconocidas. No se menciona el motivo de la detención y, lo que es más singular, se le otorga, aunque ya ha sido declarada, el permiso de ir a su banco, y puede seguir moviéndose libremente.

Esta circunstancia de la libertad de movimientos después de la detención es la que primero recuerda al compromiso de Kafka en Berlín. Kafka tuvo entonces la sensación de que aquel asunto no le concernía en absoluto. Se sentía atado y como entre desconocidos. El pasaje ya citado del diario que se refiere a esto reza: «Estaba atado como un criminal. Si me hubiesen puesto en un rincón con cadenas de verdad y apostado gendarmes delante de mí, y solo de esa forma me hubieran dejado observar, no habría sido peor. Y aquello era mi compromiso de boda...». Lo que ambos procesos tienen de embarazoso es su publicidad. La presencia de ambas familias en el compromiso —a él siempre le había costado trabajarse frente a la suya— le hacía retraerse más que nunca. A consecuencia de la presión que ejercían sobre él, los percibía como desconocidos. Entre los presentes había miembros de la familia Bauer a los que realmente no conocía, y también otros invitados para él desconocidos, por ejemplo, el hermano de Grete Bloch. A otros quizá los había visto fugazmente una o dos veces, pero incluso la madre de Felice, con la que ya había hablado, le inspiraba cierto temor. En lo que se refiere a sus propios allegados, es como si hubiera perdido la capacidad de reconocerlos porque participaban en una especie de acto de violencia contra él.

Una mezcla similar de conocidos y desconocidos de distinto grado se halla en la detención de Josef K. Allí estaban los dos guardias y el inspector, personajes completamente nuevos; la gente de la casa de enfrente, a la que puede que hubiera visto sin que le importaran nada, y los jóvenes de su banco, a los que sin duda veía a diario, pero que, durante el acto de la detención, en el que participaban con su presencia, se convirtieron en desconocidos para él.

Pero más importante aún es el lugar de la detención, el cuarto de la señorita Bürstner. Su nombre empieza por B como Bauer, pero por B empieza también el nombre de Grete Bloch. En el cuarto hay fotos de familia, de la falleba de la ventana cuelga una blusa blanca. Ninguna mujer está presente en la detención, solo la blusa es un llamativo representante.

Pero la entrada en el cuarto de la señorita Bürstner, sin que ella tenga noticia de ello, da que pensar a K., la idea del desorden provocado no le

abandona. Cuando por la noche llega a casa desde el banco, habla con su casera, la señora Grubach. A pesar de los acontecimientos de la mañana, no ha perdido la confianza en él. «Se trata de la felicidad de usted», así empieza una de sus apaciguadoras frases. La palabra *felicidad* resulta extraña empleada en este punto, es una intrusa aquí, recuerda a las cartas a Felice, donde *felicidad* siempre se utilizaba de manera ambigua, sonaba como si al mismo tiempo, y preferentemente, significara «desdicha». K. observa que quiere disculparse con la señorita Bürstner por haber utilizado su cuarto. La señora Grubach le tranquiliza y le enseña la habitación, donde todo vuelve a estar en orden. «Tampoco la blusa colgaba ya de la falleba». Ya es tarde, y la señorita Bürstner aún no ha llegado a casa. La señora Grubach se entrega a observaciones acerca de la vida privada de la señorita, que tienen algo de provocativo. K. espera el regreso de la señorita Bürstner, la enreda, un poco en contra de la voluntad de ella, en una conversación en su cuarto acerca de los acontecimientos de la mañana, y alza tanto la voz al describirlos que en el cuarto de al lado golpean la puerta con fuerza. La señorita Bürstner se siente comprometida y molesta, K. la besa en la frente, como si quisiera consolarla. Le promete asumir toda la responsabilidad ante la casera, pero ella no quiere saber nada y lo empuja hacia el vestíbulo. K. «la agarró, y la besó primero en la boca y luego por toda la cara, como lame un animal sediento la fuente de agua que ha encontrado por fin. Finalmente la besó en el cuello, en la garganta, y mantuvo allí sus labios largo tiempo». De vuelta a su habitación, se durmió muy pronto; «antes de dormirse pensó todavía un rato en su comportamiento; estaba contento de él, pero se asombró de no estar más satisfecho aún».

Cuesta trabajo sustraerse a la sensación de que en esta escena la señorita Bürstner representa a Grete Bloch. El deseo que Kafka sentía hacia ella está ahí, fuerte y directo. La detención, que se deriva del tortuoso proceso del compromiso con Felice, ha sido desplazada al cuarto de la otra mujer. K., que por la mañana aún no era consciente de culpa alguna, se ha hecho culpable por su conducta de la noche siguiente, por su asalto a la señorita Bürstner. Porque «estaba contento de él».

La compleja, casi inextricable situación en la que Kafka se encontraba en el momento del compromiso ha quedado expuesta por él de forma clara en el primer capítulo de *El proceso*. Había deseado mucho la presencia de Grete Bloch en el compromiso, e incluso mostrado interés por el vestido que

llevaría para la ocasión. No cabe excluir que ese vestido se haya transformado en la blusa blanca que cuelga en la habitación de la señorita Bürstner. A pesar de sus esfuerzos a lo largo de la novela, K. no consigue explicarse con la señorita Bürstner acerca de lo ocurrido. Ella se le escapa con destreza, para gran disgusto de él, y el asalto de aquella noche se convierte en el intocable secreto de ambos.

También eso recuerda la relación de Kafka con Grete Bloch. Lo que haya ocurrido entre ellos ha quedado secreto. No cabe suponer, no hay indicios de esto, que el secreto quedara verbalizado en el «tribunal» del Askanischer Hof. Porque, dado que se trataba de su dudosa posición respecto al compromiso, las partes de sus cartas a Grete Bloch que esta dio a conocer se referían a Felice y al compromiso, y el verdadero secreto que existía entre Grete y Kafka no fue abordado por ninguno de los dos. En el volumen de cartas, tal como hoy lo conocemos, falta todo lo que podría darnos claridad al respecto: es evidente que ella destruyó algunas de las cartas.

Para seguir entendiendo cómo el «tribunal», que golpeó con enorme violencia a Kafka, se convirtió en la ejecución del último capítulo de *El proceso*, es necesario citar algunos pasajes de los diarios y cartas. Hacia finales de julio, él trata de reseñar, apresurada y provisionalmente, se podría decir que desde fuera, el desarrollo de los acontecimientos:

«El tribunal en el hotel... La cara de Felice. Se atusa el pelo con las manos, se limpia la nariz con la mano, bostezo. De pronto reacciona, dice cosas bien pensadas, largo tiempo guardadas, hostiles. La vuelta con la señorita Bloch...

»En casa de sus padres. Unas cuántas lagrimas de su madre. Recito la lección. Su padre lo comprende correctamente desde todos los puntos de vista... Me dan la razón, contra mí no cabe decir nada, o no mucho. Diabólico con toda inocencia. Aparente culpa de la señorita Bloch...

»¿Por qué sus padres y su tía estuvieron tanto tiempo haciéndome señas de despedida?...

Al día siguiente, no regreso a casa de sus padres. Simplemente enviado ciclista con carta de despedida. Carta insincera y coqueta. “No guardéis mal recuerdo de mí”. Alocución desde el patíbulo».

Así se había asentado en su alma el «patíbulo» ya entonces, el 27 de julio, dos semanas después de los acontecimientos. Con la palabra *tribunal*, había

entrado en la esfera de la novela. Con *patíbulo* se anticipan su objetivo y su fin. Esta temprana fijación de la meta es digna de mención. Explica la seguridad en el despliegue de *El proceso*.

Una persona en Berlín ha sido buena con él, «por encima de toda medida», y él nunca lo ha olvidado: Erna, la hermana de Felice. Acerca de ella se dice lo siguiente en el diario de 28 de julio: «Pienso en el trecho que recorrimos a pie Erna y yo, del tranvía eléctrico a la estación de Lehrte. Ninguno de los dos habló, y yo solo pensaba que cada paso era una ganancia para mí. Y Erna se muestra cariñosa conmigo; incluso, por inconcebible que resulte, cree en mí, a pesar de que me ha visto delante del tribunal; incluso siento de vez en cuando el efecto de esa fe en mí, aunque desde luego no le doy completo crédito a ese sentimiento mío».

La bondad de Erna y las enigmáticas señas de despedida de sus padres una vez que todo había pasado se condensan en la última página de *El proceso*, poco antes de la ejecución, en ese pasaje, absolutamente espléndido, que nadie que lo haya leído podrá olvidar jamás:

«Su mirada cayó en el último piso de la casa que lindaba con la cantera. Al igual que brota una luz, los batientes de la ventana se abrieron, un hombre delgado y débil a aquella distancia y altura se inclinó con una sacudida hacia delante y estiró el brazo más aún. ¿Quién era? ¿Un amigo? ¿Un hombre bueno? ¿Alguien que se compadecía? ¿Alguien que quería ayudar? ¿Era uno solo? ¿Eran todos? ¿Cabía esperar ayuda aún?».

(Algunas frases más adelante, en la versión original decía: «¿Dónde estaba el juez? ¿Dónde estaba el alto tribunal? Tengo que hablar. Alzo las manos»).

Kafka no se defendió en el Askanischer Hof. Guardó silencio. No reconocía al tribunal, y manifestó su no reconocimiento con el silencio. Ese silencio duró mucho: durante tres meses, la relación entre él y Felice quedó completamente rota. Pero a veces escribía a su hermana Erna, que creía en él. En octubre, Grete Bloch tomó conciencia de su original papel de mediadora y trató de recuperar el contacto. Su carta a él no se ha conservado, pero sí su respuesta: «Dice usted que la odio, pero eso no es verdad... En el Askanischer Hof usted, ciertamente, actuó frente a mí como mi jueza, eso fue abominable para usted, para mí, para todos, pero eso solo lo pareció, en realidad yo estuve sentado en el lugar de usted y hasta hoy continúo sentado en

él».

Sería fácil entender el final de esta frase como autoacusación, como una autoacusación que ha empezado hace mucho y no termina nunca. No creo que esto agote su sentido. Me parece mucho más importante que destituye a Grete Bloch de su lugar de jueza, la aparta y se pone a sí mismo en esa arrogante posición. No hay ningún tribunal exterior que reconozca, él es su propio tribunal, pero lo es mucho, y celebrará sesión para siempre. Sin duda acerca de la usurpación de ella él no dice nada más fuerte que «eso solo lo pareció», pero el hecho de que se «trasluzca» su arrogancia parece como si ella nunca hubiera estado en realidad en ese papel de jueza. En vez de apartarla con violencia, él revela que es una ilusión. Se niega a pelear con ella, pero tras la nobleza de su respuesta se oculta el poco espacio que le concede, ni siquiera el odio de la lucha. Es consciente de que es él el que abre proceso contra sí mismo, a nadie más le corresponde hacerlo y, cuando escribió aquella carta, aún estaba muy lejos de haber terminado.

Quince días después, en una primera y muy larga carta a Felice, escribe que no guardó silencio por terquedad en el Askanischer Hof, una afirmación no del todo convincente. Porque ya en la frase siguiente dice: «Lo que dijiste fue tan claro, no voy a repetirlo, pero hubo cosas que casi habría debido ser imposible decir a solas... Tampoco tengo nada en contra de que llevaras contigo a la Srta. Bl., yo ya te había casi humillado en la carta que le escribí, podía estar presente. No entendí que hicieras venir también a tu hermana, a la que entonces apenas conocía...».

El resultado, la ruptura del compromiso, fue lo que él había deseado, solamente podía sentir alivio. Pero lo que le golpeaba, lo que le avergonzaba profundamente, era la publicidad del proceso. La vergüenza ante aquella humillación, cuya gravedad solo podía medirse con su orgullo, seguía concentrada en él, dio sustento a *El proceso* y afluyó por completo al último capítulo. K. se deja conducir a la ejecución casi en silencio, casi sin resistencia. De pronto, abandona por entero la defensa que, en su testarudez, significa la marcha de la novela. El camino a través de la ciudad es como el resumen de todos los caminos anteriores, destinados a la defensa. «Entonces, desde una calle situada más abajo, subió delante de ellos hacia la plaza, por una escalerita, la señorita Bürstner. No era totalmente seguro que fuera ella, pero el parecido era sin duda grande». Se puso en camino. «Tomó el camino

que la señorita tomaba delante de ellos, no porque quisiera alcanzarla ni porque quisiera verla el mayor tiempo posible, sino porque no quería desdeñar la señal que ella representaba para él». Es una señal dirigida a su secreto y a la culpa jamás expresada. Es independiente del tribunal, que le ha sido sustraído, es independiente de la acusación, que nunca ha conocido. Pero le refuerza en la tarea de esa defensa, en su último recorrido. Sin embargo, la humillación de la que se hablaba llega mucho más lejos, hasta las últimas frases:

«Las manos de uno de los señores estaban ya en la garganta de K., mientras el otro le clavaba el cuchillo en el corazón, haciéndolo girar allí dos veces. Con ojos que se quebraban, K. vio aún cómo, cerca de su rostro, aquellos señores, mejilla contra mejilla, observaban la decisión. “¡Como un perro!”, dijo, fue como si la vergüenza debiera sobrevivirlo».

La última humillación es la publicidad de esa muerte, que los dos verdugos observaban delante de su rostro, mejilla contra mejilla. Los ojos que se quiebran de K. son testigos de la publicidad de su muerte. Su último pensamiento es para la vergüenza, lo bastante fuerte como para sobrevivirle, y la última frase que pronuncia es: «Como un perro».

En agosto de 1914, como ya hemos mencionado, Kafka empezó a escribir. Durante tres meses, logró dedicarse diariamente a la escritura, salvo dos tardes, como reseña no sin orgullo en una carta posterior. Su principal trabajo fue en *El proceso*, al que iba dirigido su verdadero ímpetu. Pero también emprendió otros, al parecer no le era posible dedicarse de forma ininterrumpida a *El proceso*. En agosto empezó también *Recuerdos del ferrocarril de Kalda*, una obra que nunca terminó. En octubre se tomó quince días de vacaciones para hacer avanzar la novela, y en vez de escribirla durante ese período redactó *En la colonia penitenciaria* y el último capítulo de *América*.

Todavía durante esas vacaciones tuvo lugar por parte de las dos mujeres el intento de restablecer el contacto. Lo primero que recibió fue una carta de Grete Bloch: ya hemos citado un fragmento de su respuesta. Esta respuesta «parece inflexible», la anota en su diario y añade al respecto: «Sé que está decretado que permanezca solo». Piensa en su aversión hacia Felice, «viéndola bailar con una mirada severa, dirigida al suelo, o cuando en el

Askanischer Hof, poco antes de irse, se pasó la mano por la nariz y por el pelo, y en los innumerables momentos de total lejanía». Pero aun así lleva toda la tarde dando vueltas a la carta, el trabajo no avanza, aunque se siente capaz de hacerlo. «Para todos nosotros lo mejor sería que ella no contestase, pero contestará, y yo estaré aguardando su contestación».

Ya al día siguiente las dos cosas, el rechazo y la atracción, se han incrementado. Ha vivido tranquilo sin ningún vínculo efectivo con Felice, soñando con ella como con una muerta que nunca podría volver a la vida, «y ahora que se me ofrece una posibilidad de acercarme a ella, vuelve a ser el centro de todo. Sin duda ella perturba también mi trabajo. Sin embargo, cuando en los últimos tiempos pensaba en ella, como me parecía la persona más ajena a mí con la que me haya encontrado nunca...».

El «centro de todo», ese es su auténtico peligro, no puede serlo, esa es la razón por la que no puede casarse, ni con ella ni con ninguna otra. La vivienda que ella siempre quiere es ella, el centro. Él solo puede ser su propio centro, siempre vulnerable. La vulnerabilidad tanto de su cuerpo como de su cabeza es la verdadera condición de su escritura. Por mucho que a menudo parezca que se esfuerza en protegerse y asegurarse contra esa vulnerabilidad, todos esos esfuerzos engañan, necesita su soledad como *desprotección*.

Diez días después llega una respuesta de Grete Bloch. «Completamente indeciso en cuanto a la publicación. Pensamientos tan vulgares que en modo alguno puedo anotarlos».

Lo que él llama «pensamientos vulgares» se convierte en él en una defensa cuya fuerza, esta vez, no debe ser subestimada. A finales de octubre escribe una carta muy larga a Felice, se la anuncia con un telegrama previo. Es una carta de asombrosa distancia. Apenas sí contiene una queja, para sus circunstancias solo puede ser percibida como sana y agresiva.

No había pensado escribirle: en el Askanischer Hof le había quedado más que clara la falta de valor de las cartas y de todo lo escrito. Con mucha mayor tranquilidad que en cartas anteriores, le explica que era su trabajo lo que él tenía que defender con todas sus fuerzas contra ella, como mayor enemigo posible. Hay una descripción de su vida actual, con la que no parece descontento. Vive solo en casa de su hermana mayor (dado que su cuñado está en la guerra, ella vive en casa de sus padres). En esas tres habitaciones está solo, no se reúne con nadie, ni siquiera con sus amigos. Durante el último

trimestre ha trabajado todos los días. La de hoy es la segunda tarde en que no lo hace. No es feliz, sin duda que no, pero a veces está satisfecho con haber cumplido su deber lo mejor posible dadas las circunstancias.

Esa es la clase de vida que siempre ha perseguido, pero ella ha llenado de aversión contra él la idea de una vida como esa. Le enumera todas las ocasiones en las que ella revela esa aversión, la última y decisiva su explosión del Askanischer Hof. Él tiene el deber de velar por su trabajo, y ha visto en su aversión el mayor peligro para él.

Como ejemplo concreto de las dificultades que hay entre ellos, se extiende acerca de su discrepancia en torno a la vivienda: «Querías algo evidente: una casa tranquila, familiar, decorada con tranquilidad, como las que tenían otras familias de tu condición y de la mía... Pero ¿qué significaba la idea que tú te hacías de esa casa? Significaba que estabas de acuerdo con los otros, pero no conmigo... Cuando se casan, esos otros quedan completamente satisfechos, y para ellos el matrimonio solo es el último gran y hermoso bocado. Para mí no, yo no estoy satisfecho, yo no he fundado ningún negocio que vaya a seguir creciendo año tras año del matrimonio, no necesito una vivienda definitiva desde la que llevar a ese negocio una paz ordenada; pero no es solo que no necesite una vivienda así, es que me da miedo. Tengo tal hambre de mi trabajo..., mis circunstancias aquí se oponen a mi trabajo y, si en estas circunstancias me instalo en una vivienda conforme a tus deseos, eso significa... que hago el intento de convertir esas circunstancias en vitalicias, es decir, lo peor que me puede pasar».

Al final, defiende su correspondencia con su hermana Erna, a la que va a escribir al día siguiente.

El 1 de noviembre en el diario de Kafka se encuentra, entre otras cosas, una frase en extremo inusual: «Muy contento conmigo mismo durante todo el día». Esa satisfacción consigo mismo se refiere sin duda a esa larga carta, que muy probablemente ya ha enviado. Ha restablecido el contacto con Felice, pero no ha cedido en nada. Su posición ahora es clara y dura y, aunque a veces manifiesta dudas al respecto, seguirá siendo la misma durante mucho tiempo. El día 3 anota: «Desde agosto, cuarto día en que no he escrito nada. Las culpables de ello son las cartas, intentaré no escribir cartas, o solo muy breves».

Así que lo perturbador son *sus propias* cartas. Este es un reconocimiento

muy importante e ilustrativo. Mientras todavía esté ocupado en separar *El proceso* de Felice, difícilmente puede volver a dirigirse a ella con esa extensión. La novela tendría que confundirse con aquello, con cada observación precisa de su relación retrocede a la época anterior al comienzo de la novela: es como si socavara sus raíces. Por tanto, desde ese momento evita escribirle; no se ha encontrado ninguna carta suya de los tres meses siguientes, hasta finales de enero de 1915. Trata de aferrarse a su trabajo con todas sus fuerzas; sigue sin conseguirlo, pero no abandona en absoluto. A principios de diciembre lee a sus amigos *En la colonia penitenciaria*, y «no está del todo descontento». Como resultado de esa jornada, anota: «Continuar trabajando sin parar tiene que ser posible, a pesar del insomnio y de la oficina».

El 5 de diciembre recibe una carta de Erna sobre la situación de su familia, que ha empeorado mucho con la muerte de su padre, pocas semanas antes. Kafka se ve a sí mismo como la perdición de la familia, de la que, por lo demás, se siente totalmente apartado desde el punto de vista sentimental. «Solo la perdición actúa. He hecho desdichada a Felice, debilitado la capacidad de resistencia de todos los que ahora la necesitan tanto, contribuido a la muerte de su padre, separado a Felice y Erna y, finalmente, hecho desdichada también a Erna... En conjunto yo estoy, en efecto, suficientemente castigado, ya mi propia situación con respecto a la familia es suficiente castigo, además, he sufrido tanto que ya no me recuperaré nunca... aunque por el momento es poco lo que sufro por mi relación con la familia, en todo caso menos que Felice o que Erna».

El efecto de esa culpa integral que se atribuye —él, la perdición de toda la familia Bauer— fue, como cabía esperar, tranquilizador. No había espacio en ella para los detalles de su relación con Felice, todo lo particular se disolvía en el conjunto de la general perdición familiar. Durante seis semanas enteras, hasta el 17 de enero, ni Felice ni Erna ni ningún otro miembro de la desdichada familia aparece en sus cartas o diarios. En diciembre escribe el capítulo *En la catedral* de *El proceso*, y empieza otras dos obras: *El topo gigante* y *El fiscal suplente*. El 31 de diciembre se encuentra en el diario un balance de los logros del año transcurrido. Es algo que va completamente en contra de sus costumbres, uno se siente trasladado a los diarios de Hebbel:

«Desde agosto he trabajado, en general, no poco y no mal». Luego, tras algunas restricciones y autoexhortaciones, sin las que no es posible concebirlo, sigue la lista de las seis obras en las que está ocupado. Sin el conocimiento de los manuscritos, que me está vedado, resulta difícil determinar cuánto de *El proceso* había sido ya llevado al papel en este momento. Sin duda una gran parte. Es, en cualquier caso, una lista impresionante, y no se dudará en calificar estos cinco meses del año 1914 como el segundo gran período de su existencia como autor.

El 23 y el 24 de enero de 1915, Kafka y Felice se encontraron en Bodenbach, en la frontera. Solo seis días antes del encuentro hay algo anotado sobre este proyecto en el diario. «El sábado veré a Felice. Si me ama, no lo merezco... Yo estaba en los últimos tiempos muy contento de mí mismo y tenía, para mi defensa y autoafirmación, muchas objeciones contra Felice...». Tres días después dice: «Se acabó el escribir. ¿Cuándo volverá a acogerme? ¡En qué mal estado me reúno con Felice!... Incapacidad de prepararme para el encuentro, mientras que la semana pasada apenas podía quitarme de encima importantes pensamientos que se me ocurrían al respecto».

Era la primera vez que veía a Felice desde el «tribunal», y difícilmente hubiera podido causarle una impresión más penosa. Dado que el «proceso» se había en gran medida separado de él, lo veía con más distancia y más libertad. Aun así, las huellas que el «tribunal» había dejado en él se revelaban indelebles. Con alguna contención en una carta a ella, pero sin reparos en su diario, ha dejado por escrito su impresión:

«Cada uno se dice a sí mismo en silencio que el otro es inmovible y despiadado. Yo no cedo nada de mi exigencia de una vida fantástica, organizada solo para mi trabajo; ella, sorda a todas mis súplicas mudas, prefiere la mediocridad, la vivienda cómoda, interés mío por la fábrica, comida abundante, acostarse a las once de la noche, habitación con calefacción; pone en hora, al minuto exacto, mi reloj, que desde hace un trimestre va adelantado una hora y media...

»Dos horas hemos estado solos en la habitación. A mi alrededor, nada más que aburrimiento y desolación. Aún no hemos tenido ni un solo momento bueno juntos durante el que yo haya respirado con libertad... También le he leído algo mío, las frases se embrollaban de forma repulsiva, sin la menor conexión con la oyente, que estaba tumbada en el canapé con los ojos cerrados

y acogía mi lectura sin decir palabra... Mi observación fue correcta y fue reconocida como correcta: cada uno ama al otro tal como el otro es. Pero tal como él es, cree no poder vivir con él». La injerencia más sensible de ella es la que comete contra su reloj. El hecho de que su reloj marche de manera distinta a la de los otros es un diminuto espacio de libertad para él. Ella lo pone a la hora real, en ignorante sabotaje de esa libertad, lleva a cabo una adaptación al tiempo, el de la oficina, el de la fábrica. La palabra *ama* en la última frase suena como una bofetada, también podría decir «odia».

El carácter de la correspondencia cambia completamente desde entonces. En modo alguno va a recaer en la vieja forma de escritura. Se guarda de volver a involucrarla en *El proceso*, de cuyos restos apenas le pertenece nada. Decide escribirle cada quince días, y tampoco se atiene a ello. De las 716 páginas de cartas incluidas en el presente volumen, 580 proceden de los dos primeros años, hasta fines de 1914. Las cartas de los años 1915-1917 no suman, juntas, más de 136 páginas. Sin duda unas pocas de esta época se habrán perdido, pero, aunque no fuera así, la proporción no cambiaría sustancialmente. Ahora todo se vuelve más infrecuente y también más breve, empieza a emplear postales, la correspondencia del año 1916 tiene lugar en su mayor parte en esas tarjetas. Una razón práctica para emplearlas era que pasaban con mayor facilidad la censura que durante la guerra había entre Austria y Alemania. El tono ha cambiado, ahora es a menudo Felice la que se queja de que él no escribe, la que corteja siempre es ella, el que rechaza él. En 1915, dos años después de publicarse el libro, lee incluso, milagro sobre milagro, *Contemplación*.

El encuentro en Bodenbach puede considerarse un parteaguas en la relación entre Kafka y Felice. En cuanto ha conseguido verla de manera tan despiadada como a sí mismo, ha dejado de estar expuesto, desvalido, a la idea de ella. Después del «tribunal», había dejado de pensar en ella, consciente de que en cualquier momento podía volver a recibir una carta suya. Pero con el valor que ha tenido para librar una nueva confrontación se ha producido un desplazamiento en la relación de poder entre ambos. Se podría calificar como de *corrección* el nuevo período que se inicia: él, que en una ocasión extrajo fuerzas de su eficacia, busca ahora hacer de ella una persona nueva.

Cabe preguntarse si la historia de cinco años de retracción es tan

importante como para ocuparse con tanto detalle de ella. El interés por un autor puede sin duda ir muy lejos, y cuando los testimonios son tan abundantes como en este caso, la tentación de tomar conocimiento de ellos y entender su relación interna puede volverse irresistible; con la abundancia de testimonios aumenta la insaciabilidad del observador. El ser humano, que se considera medida de todas las cosas, es casi desconocido aún, sus progresos en el conocimiento de sí mismo son mínimos, cada nueva teoría lo oscurece más de lo que lo ilumina. Tan solo la investigación concreta y sin prejuicios de los individuos nos hace avanzar progresivamente. Dado que es así desde hace mucho tiempo, y los mejores intelectos lo han sabido siempre, un ser humano que se ofrece al conocimiento en semejante integridad es, en cualquier circunstancia, una fortuna sin parangón. Pero en el caso de Kafka es más, y eso lo percibe cualquiera que se acerque a su esfera privada. Hay algo profundamente emocionante en este terco intento de un ser impotente de sustraerse al poder en cualquiera de sus formas. Antes de seguir describiendo su relación con Felice, parece adecuado señalar lo lleno que estaba de *ese* fenómeno que se ha convertido en el más apremiante y estremecedor de nuestra época. Entre todos los autores, Kafka es el mayor experto en el poder. Lo ha vivido y le ha dado forma en cada uno de sus aspectos.

Uno de sus temas centrales es el de la humillación; es también el tema que más fácilmente se ofrece a la contemplación. Ya en *La condena*, la primera obra que cuenta para él, se puede registrar sin dificultades. *La condena* trata de dos humillaciones relacionadas, la del padre y la del hijo. El padre se siente amenazado por los supuestos manejos de su hijo, en su acusación contra él se pone de pie sobre la cama y así, todavía más grande en proporción con él de lo que era originariamente, trata de convertir su propia humillación en su contrario, la humillación del hijo: lo condena a morir ahogado. El hijo no reconoce la justificación de la condena, pero la ejecuta sobre sí mismo y confiesa así la medida de su humillación, que le cuesta la vida. La humillación está estrictamente delimitada, solo para sí mismo; por absurda que sea, en su efecto reside la fuerza del relato.

En *La metamorfosis*, la humillación se ha concentrado en el cuerpo que la sufre: su objeto es compacto desde el principio, en el lugar de un hijo que alimenta y sostiene a la familia de pronto hay un escarabajo. En esa metamorfosis, está expuesto de forma ineludible a la humillación, una familia

entera se siente desafiada a ejercerla activamente. La humillación empieza de manera titubeante, pero se le da tiempo para expandirse e incrementarse. Poco a poco todos, casi desvalidos y contra su voluntad, participan de ella. Ejecutan de nuevo el acto dado al comienzo, solo la familia transforma irrevocablemente a Gregor Samsa, el hijo, en escarabajo. En el contexto social, el escarabajo se convierte en un bicho.

La novela *América* es rica en humillaciones; pero no son de un tipo tan inaudito o irreparable. Están contenidas en la idea del continente cuyo nombre figura como título del libro: la elevación de Rossmann por su tío y su caída igual de repentina puede servir de ejemplo para muchas otras. La dureza de las circunstancias de la vida en el nuevo país se ve compensada por su gran movilidad social. La esperanza siempre se mantiene viva en el humillado; a cada caída puede sucederle un milagro de elevación. Nada de lo que afecta a Rossmann tiene el fatalismo de lo definitivo. De modo que este libro es el más esperanzado y menos destructivo de Kafka.

En *El proceso*, la humillación parte de una instancia superior, mucho más compleja que la familia de *La metamorfosis*. El tribunal, hasta donde se deja ver, humilla por medio de sus retrocesos, se envuelve en un secreto que ningún esfuerzo logra desvelar. En la dureza del esfuerzo se revela lo absurdo del intento. Cada rastro seguido parece irrelevante. La cuestión de la culpa o la inocencia, que sería la verdadera razón de la existencia del tribunal, carece de importancia, incluso se demuestra que la culpa surge del incesante esfuerzo por encontrar al tribunal. Sin embargo, el tema fundamental de la humillación, tal como se produce entre dos personas, es objeto de variaciones en distintos episodios. La escena del pintor Titorelli, que empieza con el perturbador escarnio por parte de la niña, termina, mientras K. cree ahogarse con la falta de aire del diminuto estudio, con la presentación y compra de unos cuadros que son todos iguales. K. se ve obligado a contemplar también la humillación de otros: ve al comerciante Block arrodillado junto a la cama del abogado, convertido en una especie de perro; incluso eso, como todo lo demás, es en última instancia inútil.

Del final de *El proceso*, de la vergüenza de la ejecución pública, ya hemos hablado antes.

La imagen del perro en este sentido reaparece una y otra vez en Kafka, incluso en las cartas en las que se refiere a acontecimientos de su vida. Así se

refiere a un acontecimiento de la primavera de 1914 en una carta a Felice: «... cuando corro detrás de ti en el Tiergarten, tú siempre a un paso de marcharte y desaparecer, yo a un paso de arrojarme a tus pies;... en ese estado de humillación que ni siquiera un perro sufre de manera más profunda». Al final del primer párrafo de *En la colonia penitenciaria*, la imagen del condenado cargado de cadenas se resume en la siguiente frase: «De todos modos, el condenado tenía un aspecto de tal sumisión canina que al parecer hubieran podido permitirle correr en libertad por los riscos circundantes, para llamarlo con un simple silbido cuando llegara el momento de la ejecución».

El castillo, que pertenece a un período muy posterior de la vida de Kafka, introduce en su obra una nueva dimensión de amplitud. Más aún que por el paisaje, la impresión de amplitud viene dada por el mundo que presenta, mucho más completo, mucho más rico en personas. También aquí, como en *El proceso*, el poder se *sustrae*: Klamm, la jerarquía funcional, el castillo. Se le ve, pero sin estar seguro de que se le ha visto; la verdadera relación con los funcionarios de la humanidad impotente que habita al pie de la montaña del castillo es la del que *aguarda a un superior*. Jamás se plantea la pregunta del motivo de la existencia de ese superior. Pero lo que emana de él y se expande entre la gente normal es la humillación por el dominio. El único acto de resistencia contra ese dominio, la negativa de Amalia a someterse a la voluntad de uno de los funcionarios, termina en la expulsión de toda su familia de la comunidad del pueblo. La emoción del autor es para con el inferior, que espera en vano; al superior, que reina en las orgías de masas de sus actos, va dirigida su aversión. Lo «religioso», que tantos creen encontrar en *El castillo*, puede estar ahí, pero *desnudo*, como insaciable e incomprensible nostalgia de la altura. Jamás se ha escrito un ataque más claro contra la sumisión a lo superior, ya se crea reconocer en esto un poder elevado o meramente terrenal. Porque *todo* dominio se ha convertido aquí en uno, y se presenta como deleznable, fe y poder coinciden, ambos resultan dudosos, la sumisión de las víctimas, a las que no se les pasa por la cabeza una posibilidad de soñar siquiera con otras condiciones de vida, tendría que indignar incluso a aquel a quien las ideologías habituales y repetitivas, de las que algunas han fracasado, no afectan lo más mínimo.

Kafka se ha puesto desde el principio de parte de los humillados. Muchos lo han hecho y, para conseguir algo, se han aliado con otros. La sensación de

fuerza que les daba esa unión pronto les privaba de la aguda experiencia de la humillación, que no tiene fin, que continúa hora tras hora y día tras día. Pero Kafka mantenía cada una de esas experiencias separada de otras similares, y también de las de otras personas. No le había sido dado librarse de ellas mediante la participación y la comunicación; las guardaba con una especie de obstinación, como si fueran su posesión más importante. Puede calificarse esa obstinación como su auténtico don.

Quizá las personas de su sensibilidad no sean tan raras; más rara es la medida de ralentización de todas las reacciones en contra, que se manifiesta singularmente en él. Habla a menudo de su mala memoria, pero en realidad no se le escapa nada. La precisión de su memoria se revela en la forma en que corrige y completa los recuerdos imprecisos de Felice de años anteriores. Cosa distinta es que no siempre disponga libremente de sus propios recuerdos. Su obstinación se los niega, no puede jugar irresponsablemente con el recuerdo como otros autores. Esa obstinación sigue sus propias y duras leyes, se podría decir que le ayuda a economizar sus defensas. Por ejemplo, le permite no obedecer las órdenes en el acto; sentir sin embargo su acicate como si las hubiera obedecido, y servirse de este para reforzar su resistencia. Pero cuando finalmente obedece, ya no son las mismas órdenes, porque las ha desprendido de su contexto temporal, les ha dado vueltas, las ha debilitado mediante la reflexión y las ha desnudado de ese modo de su carácter peligroso.

Este proceso requeriría una observación más precisa, y tendría que ser demostrado con ejemplos concretos. Aduciré tan solo uno: su terca resistencia a ingerir determinadas comidas. Vive la mayor parte del tiempo con su familia, pero no cede en absoluto a las costumbres alimenticias imperantes en ella, y las trata como órdenes que hay que rechazar. De ese modo, se sienta a la mesa de sus padres en un mundo alimentario propio, que le reporta la más profunda aversión de su padre. Sin embargo, su defensa le da la fuerza para defenderse en otras ocasiones y también frente a otras personas. En la lucha contra los funestos conceptos conyugales de Felice, el énfasis en estas peculiaridades representa un papel cardinal. Paso a paso, se defiende de la adaptación que se espera de él. Pero, apenas cancelado el compromiso, puede permitirse tomar carne. En una carta a sus amigos de Praga, desde el balneario báltico al que se retira poco después del «tribunal» de Berlín, describe, no sin asco, sus

excesos en la ingesta de carne. Todavía meses después, cuenta con satisfacción en una carta a Felice que poco después de la ruptura del compromiso se fue a comer carne con su hermana Erna. Si ella, Felice, hubiera estado presente, habría pedido almendras con cáscara. De ese modo ejecuta, más tarde, cuando ya no está bajo presión, órdenes que ya no significan sumisión.

El silencio de Kafka, su tendencia a los secretos, que guarda incluso ante sus mejores amigos, ha de ser contemplado como un ejercicio necesario de esa obstinación. No siempre es consciente de ese silencio. Pero cuando sus personajes, en *El proceso* o especialmente en *El castillo*, se entregan a sus a veces elocuentes alegatos, se siente que se abren sus propias esclusas: encuentra el lenguaje. Aunque su obstinación le permite pocos discursos, allí, bajo el aparente disfraz del personaje, se le concede de pronto libertad de palabra. No procede como en las confesiones, que conocemos por Dostoievski, la temperatura es distinta, mucho menos caliente; tampoco nada es amorfo, es más bien el uso familiar de un instrumento claramente definido, que solo es capaz de producir determinados sonidos..., el uso familiar de un virtuoso, puntilloso, pero inconfundible.

La historia de la resistencia contra su padre, que no es posible abordar con las habituales interpretaciones banales, es también la historia temprana de esa obstinación. Se ha dicho mucho al respecto, y parece totalmente errado; habría cabido esperar que la altiva posición de Kafka respecto al psicoanálisis hubiera contribuido al menos a sustraerlo de su limitador ámbito. La lucha contra su padre no fue nunca, en su esencia, otra cosa que una lucha contra un poder superior. Su odio iba dirigido a la familia como un todo, el padre no era más que la parte más poderosa de esa familia; cuando amenazó el peligro de una familia propia, la lucha contra Felice pasó a tener el mismo motivo y el mismo carácter.

Merece la pena volver a recordar el silencio en el Askanischer Hof, el ejemplo más instructivo de su obstinación. No reacciona como lo haría otro, no responde a las acusaciones con otras acusaciones. Dada la medida de su sensibilidad, difícilmente cabe dudar que acepta y siente todo lo que se dice contra él. Tampoco lo «reprime», como podría decirse con una expresión fácil. Lo conserva, pero es muy consciente de ello, le da vueltas a menudo, se impone a su mente con tanta frecuencia que habría que calificarlo como lo contrario de una represión. Lo que se atasca es cualquier reacción externa que

revelara su efecto interior. Sea lo que sea lo que conserve de ese modo, es agudo como el filo de un cuchillo, pero ni el rencor ni el odio, ni la ira ni el ansia de venganza le fuerzan a hacer mal uso del cuchillo. Se mantiene separado de las pasiones, como una construcción autónoma. Pero, al negarse a las pasiones, se le sustrae el poder.

Habría que disculparse por el uso ingenuo de la palabra *poder* si no fuera el propio Kafka el que no teme utilizarla, a pesar de toda su ambigüedad. La palabra aparece en él en los más variados contextos. Debemos a su aversión a las «grandes» palabras, las palabras excesivas, que no haya una sola obra suya «retórica»; por ese motivo su legibilidad jamás disminuirá, el continuado proceso de vaciamiento y cambio de relleno de las palabras que hace envejecer casi toda la literatura nunca podrá hacer nada contra él. Pero nunca ha sentido esa aversión a *poder* y *poderoso*, ambas se encuentran entre sus palabras no evitadas, inevitables. Merecería la pena localizar todos los pasajes de obras, diarios y cartas en los que aparecen.

Pero no es solo la palabra, es también la cosa, es decir, todo lo infinitamente variado que contiene, que él expresa con un valor y una claridad sin parangón. Porque, dado que teme al poder en todas sus formas, dado que la verdadera misión de su vida consiste en sustraerse a él en todas sus formas, lo percibe, reconoce, nombra o configura allá donde otros podrían aceptarlo como evidente.

En una anotación que se encuentra en el volumen *Preparativos de boda en el campo*, reproduce la animalidad del poder, una espantosa imagen del mundo en ocho líneas:

«Estaba indefenso ante aquella figura, que se sentaba tranquila a la mesa y miraba el tablero. Yo caminaba en círculos a su alrededor y me sentía asfixiado por ella. A mi alrededor caminaba en círculos un tercero, que se sentía asfixiado por mí. Alrededor del tercero caminaba un cuarto, y se sentía asfixiado por él. Y así continuaba, hasta los movimientos de los astros y más allá. Todo el mundo sentía la presa en el cuello».

La amenaza, la presa en el cuello, emana del interior más profundo, de ahí surge, una fuerza de gravedad de la asfixia que mantiene un círculo alrededor del otro «hasta los movimientos de los astros y más allá». La armonía pitagórica de las esferas se ha convertido en una violencia de las esferas en la que predomina el peso de las personas, de las que cada una representa una

esfera.

Siente la amenaza de dientes, tanto que le «sostienen» incluso individualmente, ya no en el orden cerrado de sus dos filas:

«Era un día normal; él me enseñó los dientes; también yo estaba sostenido por dientes y no podía sustraerme a ellos; no sabía con qué me sostenían, porque no estaban apretados; tampoco los veía en las dos filas de la dentadura, sino tan solo algunos aquí, algunos allá. Quería agarrarme a ellos y pasar por encima de ellos, pero no lo lograba».

En una carta a Felice halla la turbadora expresión «miedo a estar de pie». Le explica un sueño que ella le ha contado, gracias a su explicación no resulta difícil descifrar su contenido:

«A cambio, voy a interpretar tu sueño. Si no te hubieras tendido en el suelo entre los animales, tampoco habrías podido ver el cielo estrellado y no te habrías liberado. Quizá no habrías sobrevivido al miedo a estar de pie. A mí me pasa lo mismo: es un sueño común que tú has soñado para nosotros dos».

Hay que tumbarse entre los animales para ser liberado. Estar de pie es el poder del ser humano sobre los animales, pero precisamente en esa posición evidente de su poder queda expuesto, visible, atacable. Porque ese poder es a la vez culpa, y solo en el suelo, tendido entre los animales, pueden verse las estrellas que lo liberan a uno de ese poder de los humanos, que da miedo.

De esa culpa de los humanos contra los animales da testimonio el pasaje *más claro* de la obra de Kafka. El siguiente párrafo se encuentra en «Un viejo folio», de la colección *Un médico rural*:

«Hace poco, el carnicero pensó que al menos podía ahorrarse el trabajo de matar, y una mañana trajo un buey vivo. No volverá a hacerlo. Me pasé una hora al fondo de mi taller, tumbado en el suelo, tapado con toda mi ropa, mantas y cojines, solo para no oír el bramido del buey, al que los nómadas atacaban por todas partes para arrancarle con los dientes trozos de su carne caliente. Hacía mucho que reinaba el silencio cuando me atreví a salir; yacían agotados alrededor de los restos del buey, como borrachos en torno a un barril de vino».

«Hacía mucho que reinaba el silencio...». ¿Puede decirse que el narrador se ha sustraído a lo insoportable, que ha vuelto a encontrar el silencio, dado que después de esos bramidos ya no existe el silencio? Es la posición propia de Kafka, pero ni toda la ropa, mantas y cojines del mundo serían capaces de

hacer enmudecer para siempre el ruido de los bramidos en sus oídos. Cuando se le sustrae es para volver a oírlo, porque nunca ha cesado. Desde luego, la palabra *sustraer*, que empleamos aquí, es muy imprecisa cuando se aplica a Kafka. En su caso significa que buscaba el silencio para no oír nada más, nada, que es menos que el miedo.

Confrontado con el poder en todas partes, aquella obstinación le concedía a veces una prórroga. Pero cuando no bastaba o fracasaba, él se ejercitaba en la *desaparición*; aquí se ve el aspecto útil de su delgadez, por la que, como sabemos, sentía desprecio muchas veces. Con el encogimiento físico *se privaba* de poder, y tenía de ese modo menos parte de él, también ese ascetismo iba dirigido contra el poder. La misma tendencia a la desaparición se muestra en la relación con su nombre. En dos de las novelas, tanto en *El proceso* como en *El castillo*, reduce su apellido a la inicial K. En las cartas a Felice ocurre que el nombre se hace cada vez más pequeño y finalmente desaparece por completo.

Lo más asombroso es otro recurso, del que dispone con tanta destreza como solo los chinos saben hacerlo: la metamorfosis en lo pequeño. Dado que sentía aversión hacia la violencia, pero no confiaba en tener las fuerzas necesarias para oponerse a ella, aumentaba la distancia entre él y el más fuerte empequeñeciéndose en relación con la fuerza. Con ese encogimiento ganaba dos cosas: la amenaza desaparecía, al volverse demasiado pequeño para ella, y se liberaba a sí mismo de todos los medios despreciables de violencia; los pequeños animales en los que gustaba de transformarse eran inofensivos.

Una carta temprana a Brod arroja una luz muy clara sobre la génesis de ese don inusual. Es del año 1904, cuando el escritor tenía veintiún años; yo la llamo la carta del topo, y voy a citar de ella lo que me parece necesario para la comprensión de la metamorfosis de Kafka en lo pequeño. Pero antepongo una frase que se encuentra ya un año antes en una carta a su amigo de juventud Oskar Pollak: «Has de venerar al topo y a su especie, pero no convertirlo en tu santo». Todavía no es mucho, pero de todos modos el topo aparece por primera vez. Hay ya un tono especial en «su especie», y en la advertencia de que no se le convierta en santo no cabe ignorar el anuncio de su posterior importancia. Pero en la carta mencionada a Max Brod dice lo siguiente:

«Escarbamos como topes y salimos ennegrecidos por completo y con el pelo aterciopelado de nuestras derrumbadas bóvedas de arena, estirando las

pobres patitas rojas en busca de sensible compasión.

»Durante un paseo, mi perro pilló a un topo que pretendía atravesar la calle corriendo. Saltó una y otra vez sobre el animal y luego lo soltó, pues aún es joven y temeroso. Al principio me divertía y me gustaba ver la agitación del topo que en vano buscaba, desesperado, un agujero en el duro pavimento de la calle. Pero de pronto, cuando el perro volvió a golpearlo con la pata estirada, soltó un grito. *Ks, kss*, gritó. Y entonces me pareció..., pero no, no me pareció nada. Fue una ilusión, pues la cabeza me pesaba mucho aquel día y colgaba de tal forma que por la tarde observé asombrado que el mentón se me había clavado en el pecho».

Habría que añadir que el perro que persigue al topo es el perro de Kafka, él es su amo. Para el topo que, presa del pánico, busca un agujero para salvarse en la dura calle, él mismo no existe, el animal solo tiene miedo al perro, sus sentidos solo están abiertos para él. Él en cambio, tan por encima, debido a su posición erguida, su estatura y su posesión del perro, que nunca podría ser una amenaza para él, se ríe al principio con los desesperados y vanos movimientos del topo. Este no sospecha que podría dirigirse a él en busca de ayuda, no ha aprendido a pedir, y todo lo que es capaz de hacer es emitir sus pequeños gritos. Son lo único que alcanza a Dios, porque aquí él es Dios, el supremo, el culmen del poder, y en este caso Dios está incluso presente. *Ks, kss*, grita el topo, y a través de ese grito él, el observador, se transforma en el topo; y, sin tener que temer al perro, que es su esclavo, siente lo que es ser topo.

El inesperado grito no es el único vehículo de la transformación en lo pequeño. Otro son las «pobres patitas rojas», alzadas como manos en busca de compasión. En el fragmento *Recuerdos del ferrocarril de Kalda* —de agosto de 1914— se encuentra un intento parecido de aproximación a una rata moribunda a través de sus «manecitas»:

«Para las ratas, que a veces atacaban mis víveres, bastaba mi largo cuchillo... En los primeros tiempos, cuando aún lo registraba todo con curiosidad, ensarté una vez a una de esas ratas y la sostuve ante mí contra la pared, a la altura de los ojos. Solo se ve con precisión a los animales pequeños cuando se les tiene a la altura de los ojos, cuando uno se inclina hacia el suelo y los mira se obtiene una imagen falsa e incompleta de ellos. Lo más llamativo en aquella rata eran las garras, grandes, un poco ahuecadas y sin

embargo afiladas al final, eran muy adecuadas para escarbar. En la última lucha, en la que sostuve a la rata ante mí contra la pared, extendió esas garras, en apariencia en contra de su naturaleza viva, y eran como una manecita que se tendía hacia uno».

Hay que tener a los animales pequeños a la altura de los ojos para verlos con precisión: es como si al elevarlos se les equiparase a uno mismo. Agacharse hacia el suelo, una especie de condescendencia, le da a uno una imagen falsa e incompleta de ellos. En la elevación de los animales pequeños a la altura de los ojos se piensa también en la tendencia de Kafka a agrandar esas criaturas: el escarabajo de *La metamorfosis*, la criatura similar a un topo de «La construcción». La transformación en lo pequeño se vuelve más visible, más aprehensible, más creíble, al acercarse al animal, al agrandararlo.

Únicamente en la vida y en la literatura de los chinos se encuentra un interés comparable al de Kafka por los animales muy pequeños, especialmente por los insectos. Los grillos estuvieron desde muy temprano entre los animales predilectos de los chinos. En la época Sung se adoptó la costumbre de criar grillos, a los que se adiestraba e incitaba para combatir. Se les llevaba, por ejemplo, colgando del pecho dentro de nueces vacías, dotadas de mobiliario apropiado para la vida de los grillos. El propietario de un famoso grillo daba a beber sangre de su propio brazo a los mosquitos y, cuando estaban hartos, los aplastaba y mostraba la mezcla a su grillo para aumentar su combatividad. Se sabía excitar a los grillos para la lucha con pinceles especiales, y luego, en cuclillas o tumbado boca abajo, se contemplaba la pelea entre ellos. Un animalito que se distinguió por su inusual valor fue recordado con el honroso nombre de un general de la historia china, suponiendo que el alma de aquel general tenía ahora su asiento en el cuerpo del grillo. Gracias al budismo, la doctrina de la reencarnación era algo muy natural para la mayoría de los chinos, así que una idea semejante no tenía nada de extraviado en sí misma. La búsqueda de grillos adecuados para la corte imperial se extendió por todo el país, y se pagaron precios muy elevados por ejemplares prometedores. Se cuenta que, en la época en que el imperio Sung fue arrollado por los mongoles, el comandante en jefe chino estaba tumbado en el suelo contemplando una pelea de grillos cuando le llevaron la noticia del cerco de la capital por el enemigo y su situación de máximo riesgo. No logró separarse de los grillos, tenía que ver primero cuál vencía, la capital cayó y el imperio Sung tocó a su

fin.

Ya mucho antes, en la era Tang, se criaban grillos en pequeñas jaulas para oírlos cantar. Pero, tanto si se los levantaba en alto para verlos cantar mejor o si se los llevaba en el pecho por su valor y se los sacaba para atender cuidadosamente su vivienda, se los levantaba a la altura de los ojos, como recomendaba Kafka. Se los miraba de igual a igual y, si tenían que combatir, uno se ponía en cuclillas o se tumbaba en el suelo con ellos. Sus almas eran las de famosos generales, y el resultado de sus combates podía parecer más importante que el destino de un gran imperio.

Las historias en las que los animales pequeños representan un papel están muy extendidas entre los chinos; son especialmente frecuentes aquellas en las que grillos, hormigas o abejas acogen entre ellas a una persona y tratan con ella como personas. De las cartas a Felice no se desprende con entera claridad si Kafka había leído las *Historias chinas de amor y de fantasmas* de Martin Buber, un libro en el que aparecen varias historias como esas. (En cualquier caso, menciona el libro de manera elogiosa, y para su disgusto —es la época de sus celos por otros autores— descubre que Felice ya se lo ha comprado). En cualquier caso, él pertenece con algunos de sus relatos a la literatura china. Los temas chinos han sido abordados con frecuencia por la literatura europea desde el siglo xviii, pero el único autor chino en esencia que posee Occidente es Kafka.² En una anotación que podría proceder de un texto taoísta, él mismo resume lo que «lo pequeño» significa para él: «Dos posibilidades: hacerse infinitamente pequeño, o serlo. Lo segundo es perfección, es decir inacción, lo primero comienzo, es decir acto».

Soy bien consciente de que aquí solo hemos tocado una pequeña parte de lo que habría que decir sobre el poder y la transformación en Kafka. Un esfuerzo de integridad o exhaustividad solo sería posible en el marco de un libro más grande, y aquí hemos de llevar a su final la historia de su relación con Felice, de la que aún nos quedan tres años.

De todos los años áridos de esta relación, el más árido fue 1915. Estuvo bajo el signo de Bodenbach; lo que Kafka había resumido en palabras, lo que había puesto por escrito, mantenía largo tiempo su efecto en él. Al principio, como consecuencia del encontronazo, pero a intervalos cada vez mayores, Felice aún recibió algunas cartas. En ellas se encuentran quejas acerca de la

postergación de la escritura —que ahora había vuelto de verdad a acabarse—, del ruido en las nuevas habitaciones que ocupaba; acerca de esto escribía con enorme detalle, y son también los pasajes más cautivadores. Cada vez se conforma con más dificultad con su existencia de funcionario; entre los reproches que no ahorra a Felice, el más duro es que ella habría deseado vivir con él en Praga. Praga le resulta insoportable y, para salir de allí, da vueltas a la idea de alistarse. Lo que más le hace sufrir de la guerra es no estar en ella. Pero no está excluido que tenga que ir. Pronto tendrá que ir a reconocimiento, ella debería desear que lo acepten, como él quiere. Pero, a pesar de repetidos intentos, todo termina en nada, y se queda, «desesperado como una rata enjaulada» en su oficina de Praga.

Ella le envía *Salambó* con una dedicatoria muy triste. Le hace desdichado leerla y, por una vez, intenta escribir una carta de consuelo: «Nada ha terminado, no hay oscuridad, no hay frío. Mira, Felice, lo único que ha pasado es que mis cartas se han vuelto menos frecuentes y distintas. ¿Cuál fue el resultado de las cartas más frecuentes y distintas? Ya lo conoces. Tenemos que empezar de nuevo...».

Quizá es esa dedicatoria la que le mueve a encontrarse en Pentecostés con ella y Grete Bloch en la Suiza bohemia. Es el único punto luminoso del año para ambos. La presencia de Grete Bloch puede haber contribuido al buen transcurso de esos dos días. Puede que con esa oportunidad se relajara algo el rígido espanto del «tribunal» al que las dos mujeres lo habían sometido. Felice tenía dolores de muelas, él pudo ir a por aspirinas y «quererla cara a cara en el pasillo». Tenía que haberle visto, le escribe, justo después de su regreso de Praga, buscando en unas lilas, durante el largo viaje, el recuerdo de ella y de su habitación. Normalmente nunca se lleva algo así de viaje, no era amigo de las flores. Y al día siguiente escribe que teme haberse quedado demasiado tiempo. Que dos días han sido demasiado. Después de un día es fácil separarse, pero dos días engendraban ya lazos que dolía deshacer.

Ya pocas semanas después, en junio, se produjo un nuevo encuentro en Karlsbad. Esta vez fue breve, y todo fue muy mal. No se conocen los detalles, pero en una carta posterior se habla de Karlsbad y del «en verdad repulsivo viaje a Aussig». Tiene que haber sido especialmente desagradable, después de los buenos días de Pentecostés, porque Karlsbad queda incluido en la lista de momentos más penosos, figura justo al lado del Tiergarten y el Askanischer

Hof.

Desde ese momento ya casi no escribe, o rechaza las quejas de ella acerca de su silencio. «¿Por qué no escribes?», se dice a sí mismo. «¿Por qué torturas a Felice? Que la torturas es evidente viendo sus postales. Le prometes escribir y no escribes. Telegrafías “carta en camino”, pero no hay ninguna carta en camino, sino que la escribes dos días después. Quizá excepcionalmente las chicas puedan hacer algo parecido...». La inversión es evidente, él le hace exactamente lo que ella le ha hecho hace años, y su mención a que las chicas pueden hacer tal cosa no hace pensar precisamente que no sea consciente.

De agosto a diciembre ella no sabe nada de él, y cuando, más tarde, escribe a veces, casi siempre es para rechazar su propuesta de encontrarse. «Sería hermoso vernos, pero no debemos hacerlo. Solo sería algo provisional, y ya hemos sufrido bastantes provisionalidades». «Si se tienen en cuenta todas las circunstancias, es mejor que no vengas». «Mientras no sea libre no quiero dejarme ver, no quiero verte». «Antes de vernos te advierto, y a mí, piensa lo bastante en anteriores encuentros y dejarás de desearlo... Así que nada de encuentros».

La última cita es ya de abril de 1916, y suena mucho más dura en el contexto de la carta de la que procede. A lo largo de año y medio, con la excepción del *intermezzo* de Pentecostés de 1915, su rechazo se ha fortalecido, y no se advierte cómo podría cambiar. Pero precisamente en ese mes de abril la palabra *Marienbad* aparece en una postal, y desde entonces vuelve regularmente. Planea unas vacaciones, y querría quedarse tres semanas en Marienbad y vivir tranquilo allí. Las postales se suceden con más frecuencia. A mediados de mayo está realmente en Marienbad, en viaje de trabajo, y desde allí le escribe una larga carta y una postal:

«... Marienbad es inconcebiblemente bello. Tenía que haber seguido mucho antes mi instinto, que me dice que los más gordos son también los más inteligentes. Porque se puede adelgazar en todas partes sin idolatrar los manantiales, pero solo aquí se puede pasear por bosques como estos. En cualquier caso, ahora la belleza se ve incrementada por el silencio y el vacío y la receptividad de todo lo animado e inanimado; apenas lo menoscaba el tiempo, turbio y ventoso. Creo que si fuera chino y fuera a irme a casa (en el fondo soy chino y viajo a casa), pronto tendría que obligarme a volver. ¡Cómo te gustaría!».

He citado casi íntegro el contenido de esta postal porque en ella se encuentran tantos de sus rasgos e inclinaciones esenciales en el más reducido de los espacios: su amor por los bosques, su tendencia al silencio y el vacío, la cuestión de la delgadez y su respeto casi supersticioso por las personas gordas. Silencio y vacío, el tiempo turbio y ventoso, la receptividad de todo lo animado e inanimado, remiten al taoísmo y a un paisaje chino, y así aquí se encuentra el que, hasta donde yo sé, es el único pasaje en el que dice de sí mismo: «En el fondo soy chino...». La frase final: «¡Cómo te gustaría!» es su primer verdadero intento de aproximación a Felice después de años, y de él surgen los días de felicidad de Marienbad.

Las negociaciones —no se les puede llamar de otra manera— sobre las vacaciones en común se extienden todavía a lo largo de un mes, y animan la correspondencia de manera sorprendente. Felice, para complacerle, propone incluso un sanatorio. Quizá juega oscuramente en ella el recuerdo del sanatorio de Riva, donde tres años antes la proximidad a la «suiza» se convirtió en una bendición para él. Pero a él no le gusta la propuesta, un sanatorio es casi «una nueva oficina al servicio del cuerpo», prefiere un hotel. Del 3 al 13 de julio, Kafka y Felice pasan diez días juntos en Marienbad.

Dejó el despacho en Praga en un orden modélico, era feliz de abandonarlo, de haber sido una despedida para siempre habría «estado dispuesto a fregar de rodillas cada peldaño de la escalera del desván al sótano, para demostrar de ese modo mi gratitud por la despedida». En Marienbad, recogió a Felice en la estación. Pasó la primera noche en una fea habitación interior. Pero al día siguiente se trasladó a «una habitación extraordinariamente hermosa» en el hotel «Balmoral». Allí vivía puerta con puerta con Felice, tenían llaves de los dos lados. El dolor de cabeza y el insomnio eran graves; los primeros días, y especialmente noches, se sintió atormentado y desesperado, apuntó en su diario lo mal que se encontraba. El día 8 hizo con Felice una excursión a Tepi con un tiempo miserable, pero luego hizo «una tarde maravillosamente bella y ligera», y ese fue el punto de inflexión. Vinieron cinco días de felicidad con ella, se podría decir que uno por cada uno de sus cinco años. Escribió en su diario: «Excepto en Zuckmantel, nunca hasta ahora había tenido yo intimidad con una mujer. Luego, también, con la suiza en Riva. La primera era una mujer, yo un ignorante, la segunda una niña, yo completamente turbado. Con Felice únicamente había tenido intimidad en las cartas, humanamente tan solo desde

hace dos días. Tan claro no es, quedan dudas. Pero es bella la mirada de sus ojos aplacados, el abrirse de la profundidad femenina».

La víspera de la partida de Felice empezó una larga carta a Max Brod, que solo terminó cuando ella ya se había ido:

«... Ahora en cambio veía la mirada de confianza de una mujer, y no podía cerrarme a ella... No tengo derecho a resistirme a eso, tanto menos cuanto que haría voluntariamente lo que sucede, si no sucediera, con tal de volver a recibir esa mirada. No la conocía en absoluto, junto a otros reparos me frenaba entonces precisamente el miedo a la realidad de aquella correspondencia; cuando vino a mi encuentro, en aquella gran habitación, para recibir el beso de compromiso, me recorrió un escalofrío; la expedición al compromiso con mis padres fue para mí una tortura paso por paso; no había nada a lo que tuviera tanto miedo como a estar solo con Felice antes de la boda. Ahora es distinto y bueno. Nuestro trato, resumido: casarnos poco después de terminar la guerra, coger dos o tres habitaciones a las afueras de Berlín, cuidar cada uno por sí de la cuestión económica; Felice seguirá trabajando como hasta ahora y yo, bueno, yo, aún no puedo decirlo... Aun así... ahora hay calma en esto, determinación, y por tanto posibilidad de vida...».

«... Desde la mañana de Tepler habían pasado días tan hermosos y ligeros como ya no creía que iba a poder vivir. Naturalmente que hubo oscurecimientos de vez en cuando, pero predominó lo hermoso y ligero...».

El último día de sus vacaciones, Kafka había llevado a Felice a Franzensbad para visitar con ella a su madre y a una de sus hermanas. Cuando por la tarde volvió a Marienbad, donde pensaba quedarse solo otros diez días, habían alquilado su habitación del hotel, que era especialmente tranquila, a otros huéspedes, y tuvo que trasladarse a la habitación de Felice, mucho más ruidosa. Por tanto, las primeras postales después de la marcha de ella vuelven a estar llenas de quejas sobre el ruido, los dolores de cabeza y el mal dormir. Pero al cabo de cinco días ya se había acostumbrado a su cuarto, y ahora, con el retraso que le conocemos, por las postales que le escribe se extiende una ternura y un sentimiento de felicidad que conmueven al lector aunque solo sea por su poca frecuencia. Hay que considerar un golpe de suerte que se quedara en los lugares comunes cuando ella ya se había ido. Recorría los mismos caminos por los bosques de Marienbad, comía los platos prefijados con los que quería aumentar de peso, en los mismos locales. Por las noches cenaba en

el balcón de ella, en la misma mesa, y le escribía a la luz de aquella lámpara tan familiar para ambos.

Todo está en las postales, todos los días le envía una, algunos días dos. La primera aún lleva el encabezamiento «Mi pobre amor», porque aún se siente mal, siempre que llama «pobre» a Felice se refiere a sí mismo, él es el pobre. «Te escribo con tu pluma, tu tinta, duermo en tu cama, me siento en tu balcón..., lo que no estaría mal, si no oyera por la puerta sencilla el ruido del pasillo y el de los dos inquilinos de la derecha y de la izquierda». El ruido se sobrepone a todo, de lo contrario difícilmente se habría equivocado tanto con un «no estaría mal» como consecuencia de lo que le precedía. La postal termina con la frase: «Ahora voy al Dianahof, a pensar en ti inclinado sobre el plato de la mantequilla».

En la siguiente postal le dice que, a pesar del insomnio y los dolores de cabeza, está engordando, y le envía el «menú de ayer» completo. En él se encuentran, unidas exactamente a sus horas, las cosas que cabría esperar de él: leche, miel, mantequilla, cerezas, etc., pero a las doce pone, uno no da crédito a sus ojos: «carne ahumada, espinacas, patatas».

Así que de hecho ha abandonado una parte de su resistencia contra ella..., el menú es importante en este amor. Se pone «gordo», y come carne; dado que por lo demás come cosas que también habría aprobado antes, el compromiso entre ellos reside en la cantidad y en la «carne ahumada». Así que en los días que han pasado juntos en Marienbad también se han aproximado y reconciliado en las comidas de mutuo acuerdo. La rutina de la vida en el balneario tranquiliza a Kafka, y le quita el miedo a Felice. Después de su marcha se sienta en los mismos lugares, sigue comiendo la misma comida y se lo dice, como en una especie de declaración de amor.

Pero también la corteja de un modo menos íntimo, más sublime: «Fíjate, no hemos conocido al huésped más importante de Marienbad, es decir, aquel en el que se deposita la mayor confianza humana: el rabino Belzer, actual representante máximo del jasidismo. Lleva tres semanas aquí. Ayer di por primera vez un paseo con él entre las diez personas de su séquito... ¿Cómo estás tú, mi más importante huésped de Marienbad? Aún no tengo noticias, me conformo con los relatos de los viejos caminos, p. ej., hoy el del paseo de la terquedad y el secreto».

En una ocasión, lleva dos días sin tener noticias, dice: «La convivencia lo

malcría a uno, dos pasos a la izquierda y ya se pueden tener noticias». En la segunda postal de un día dice: «Amor mío: ¿exagero escribiendo como en los viejos tiempos? Como disculpa te diré que estoy sentado en tu balcón, en tu lado de la mesa, como si ambos lados fueran los platillos de una balanza; como si el equilibrio de nuestras buenas tardes se hubiera alterado; y como si yo, solo en uno de los platillos, me hundiera en el suelo: me hundiera porque estás lejos. Por eso escribo... Ahora aquí reina casi el silencio que quiero: la luz nocturna está encendida en las mesitas de los balcones, todos los demás están vacíos por el frío, solo de la Kaiserstrasse viene un murmullo uniforme, que no me molesta».

En ese momento estaba libre de miedos. Se sentaba en su lado de la mesa, como si ella estuviera, pero el platillo de la balanza desciende porque ella está lejos, y le escribe. Reinaba casi el silencio que quería, la luz nocturna solo estaba encendida en su balcón, y no se alimentaba de la indiferencia. Todos los demás balcones estaban fríos y desiertos. El murmullo uniforme que venía de la calle no era un trastorno.

Aquella frase de los tiempos en que no conocía realmente a Felice: que el miedo, junto a la indiferencia, era el sentimiento fundamental que tenía hacia las personas, había perdido fuerza. Cuando se le daba la libertad de la luz nocturna, también sentía amor. «Alguien tiene que velar, se dice. Alguien tiene que estar ahí».

Cualquier vida que se conoce lo bastante bien resulta ridícula. Cuando se conoce aún mejor, es seria y terrible. Cuando Kafka volvió a Praga, acometió una empresa que se ofrece a la contemplación desde ambos aspectos. La imagen que tenía de Felice antes de Marienbad le resultaba insoportable, y se dedicó a la hercúlea tarea de cambiarla. Ya hacía mucho tiempo, desde Bodenbach, que la había visto con claridad y le había reprochado sin reservas lo que le atormentaba de ella. Pero solo lo había hecho esporádicamente y sin esperanza, porque no había nada que pudiera alegar para cambiarla. En Marienbad hablaron del Hogar Judío de Berlín, en el que atendían a refugiados e hijos de refugiados, y Felice había manifestado espontáneamente el deseo de trabajar allí en su tiempo libre. Él le había hablado de aquello sin esperanza o intención alguna, y se alegró cuando ella «entendió tan libremente y tan bien la idea del hogar». Desde ese momento sintió esperanza por ella y,

con la tenacidad que su posición de fuerza le daba, la exhortaba en cada carta a Berlín a hacer realidad su plan de acercamiento al hogar judío. Durante tres, cuatro meses, hasta principios de noviembre, le escribió casi todos los días, y el objeto, con diferencia, más importante de sus cartas, aunque no el único, era el hogar.

Felice recabó información, titubeante, temía que quizá solo admitieran a estudiantes para colaborar en el hogar. Él, en su respuesta, no entendía por qué pensaba eso: «Naturalmente que los y las estudiantes, en su condición de personas por término medio más desinteresadas, más decididas, más inquietas, más exigentes, más trabajadoras, más independientes, de mente más abierta, son los que han empezado la cosa y la dirigen, pero cada ser vivo pertenece también a ella». (Difícilmente pueden encontrarse tantos superlativos juntos en su obra). Ponerse allí a su disposición era infinitamente más importante que el teatro, que Klabund y que cualquier otra cosa. También era una de las opciones más interesadas. No se ayudaba, sino que se buscaba ayuda, se podía sacar de aquel trabajo más miel que de todas las flores de los bosques de Marienbad, estaba ansioso de tener noticias acerca de su participación. No debía temer por el sionismo, que no conocía lo bastante. En el hogar actuaban otras fuerzas que le importaban mucho más.

Todavía en Marienbad, había leído un libro sobre la vida de la condesa Zinzendorf, admiraba sus ideas y su «obra casi sobrehumana» en la dirección de la comunidad pietista de Herrnhut. Habla a menudo de ella y, a pesar de todos los consejos que da, le parece un modelo total y absolutamente inalcanzable para Felice. «Cuando la condesa llegó después de la boda, a los veintidós años, a su nueva casa de Dresde, que la abuela Zinzendorf había hecho amueblar para la joven pareja, de forma acomodada para las circunstancias de entonces, rompió a llorar». Luego sigue una frase piadosa de la joven condesa sobre su inocencia en aquellos coqueteos y su ruego a la gracia de Dios de que sostenga su alma y aparte sus ojos de toda la necedad del mundo. Kafka añadió lo siguiente: «Grabar en una lápida y poner encima del guardamuebles».

Con el tiempo, esa acción se convierte en una campaña en toda regla, y está claro que es lo que de verdad le importa. Quiere, por así decirlo, «desaburguesar» a Felice, arrancarle los muebles, que para él encarnan lo más espantoso y odioso del matrimonio burgués. Ella debe aprender lo poco que

importan la oficina y la familia, como forma vital de la nostalgia, y ponerlo en contraste con la humilde actividad de la ayuda en un hogar para niños refugiados. Pero la forma en la que él le apremia revela una medida de despotismo intelectual de la que apenas le habríamos creído capaz. Le pide informe de cada caso que la acerca al hogar, y luego se lo pide de cada detalle de su actividad allí, en cuanto la emprende. Hay una carta en la que le plantea veinte preguntas al respecto, su insaciabilidad aumenta, nunca tiene bastante información. La acicatea, la critica, participa en la elaboración de una conferencia que ella va a pronunciar en el hogar y lee y estudia con esa finalidad las *Enseñanzas de juventud* de Friedrich Wilhelm Förster. Escoge las lecturas para los niños del hogar, incluso le envía desde Praga las ediciones juveniles de algunas obras que considera especialmente adecuadas, vuelve sobre esto en sus cartas una y otra vez, con molesta minuciosidad, reclama fotografías de Felice en medio de sus niños, a los que quiere conocer desde lejos mediante la exacta contemplación, elogia exageradamente a Felice cuando está satisfecho con ella, y ese elogio suena tan intenso que ella tiene que tomarlo por amor, y siempre ocurre cuando ella ejecuta sus instrucciones. Poco a poco, todo esto se convierte en una forma de subordinación y obediencia que él espera de ella. La corrección de su imagen, el cambio de su carácter, sin el que él no puede imaginar su futura vida con ella, se convierte poco a poco en su control.

De ese modo, él participa en su actividad, para la que, como dice en una carta, a él le faltaría entrega; lo que ella hace, lo hace en lugar de él. Él, en contraposición, necesita más y más soledad, se entrega a paseos dominicales por los alrededores de Praga, al principio acompañado de su hermana Ottla, a la que admira como a una novia. Un conocido del Instituto, que los encuentra juntos, toma a Ottla por su novia, y él no se priva de contárselo a Felice... Ahora tiene un nuevo placer para el tiempo libre: tumbarse en la hierba. «Hace poco estaba tumbado... casi en una cuneta (pero hoy la hierba en las cunetas es alta y espesa), cuando un caballero bastante distinguido con el que a veces tengo trato profesional pasó en un coche de dos caballos, rumbo a una fiesta aún más distinguida. Me estiré y sentí la alegría... del desclasamiento». En un paseo con Ottla por las cercanías de Praga, descubre dos lugares maravillosos, ambos «silenciosos como el paraíso después de la expulsión del ser humano». Más tarde también camina solo: «¿Conoces las alegrías de estar

solo, de caminar solo, de tenderse solo al sol?... ¿Has ido sola muy lejos? La capacidad de hacerlo presupone mucho dolor pasado, y también mucha felicidad. Sé que cuando era niño estuve mucho solo, pero era obligación, raras veces libre felicidad. Ahora en cambio camino en soledad como el agua hacia el mar». En otra ocasión dice: «He caminado mucho, unas cinco horas, solo y no lo bastante solo, por valles completamente desiertos y no lo bastante desiertos».

Mientras se conforman de este modo los requisitos internos de la vida en el campo que, un año más tarde, compartirá con Ottla en Zürau, trata de vincular cada vez más a Felice con la comunidad del Hogar Judío de Berlín. Durante la semana sigue llevando su existencia de funcionario, que le llena de creciente aversión, tanto que sigue pensando escapar de ella hacia la guerra, al menos siendo soldado no tendría que tener miramientos. Entretanto, Felice le justifica con su actividad en el Hogar.

Pero en sus cartas de este período también menciona a menudo su escritura. Dado que es un período en el que no se siente en condiciones de abordar un nuevo trabajo, lo que cuenta son noticias sobre el destino de anteriores relatos, publicaciones y también reseñas. Ya en septiembre le envía la invitación a una lectura en Múnich. Le gusta leer en público y le gustaría viajar, querría que ella estuviera presente; rechaza sus propuestas de encontrarse en Berlín o en Praga. De Berlín le asusta el recuerdo de los acontecimientos del compromiso y del «tribunal», que por otra parte no menciona a menudo en sus cartas, dos años le separan de esa época. Pero cuando la mención de una localización berlinesa le lleva a ello, no rehúye señalar lo vivos que siguen los dolores de aquellos días. De Praga le espanta la idea de su familia: no se podría evitar que Felice se sentara a la mesa de sus padres, y su inclusión reforzaría el peso abrumador de la familia, ese poder superior del que se defiende incesantemente con sus débiles fuerzas. En ese alejamiento de Felice de Praga, se comporta como un político que trata de impedir la unión en su contra de dos potenciales enemigos. Así que se mantiene testarudo en el plan de un encuentro en Múnich. Durante dos meses, mantienen correspondencia al respecto. Él sabe que una lectura pública sería una fuente de energía para él; también Felice, tal como ahora es, esforzada y obediente, le da fuerzas. Ambas fuentes de energía deben reunirse y reforzarse mutuamente en Múnich. Pero eso no cambia nada en su singular manera de

decidir. Una vez más vivimos el conocido tira y afloja: el viaje es probable pero aún no seguro, hay amenazas externas que podrían hacerlo fracasar. Después de dos meses de conversaciones, cinco días antes aún dice: «El viaje se vuelve más probable cada día. Sea como fuere, te telegrafiaré el miércoles o el jueves las hermosas palabras: “Viajamos pues” o la triste palabra: “No”». El viernes parte.

De la inalienable peculiaridad de la condición de Kafka habla el hecho de que no aprende de los errores. En él, fracaso por fracaso nunca da logro como resultado. Las dificultades siempre son las mismas, como si se tratara de demostrar lo insuperable de su naturaleza. En innumerables cálculos y consideraciones, se deja consecuentemente fuera justo aquello que podría llevar a un resultado favorable. La libertad de fracasar siempre tiene un lugar, como una especie de ley suprema, en cada nuevo punto de cruce hay que garantizar una salida; se le podría llamar la libertad del débil, que busca la salvación en la derrota. En la consideración negativa de la victoria se expresa su verdadera peculiaridad, su especial relación con el poder. Todos los cálculos surgen de la impotencia y vuelven a conducir a ella.

De ese modo, a pesar de todas las experiencias de los breves encuentros fallidos, en aquel sábado en común en Múnich ha puesto en juego el logro de aquellos cuatro meses: su control sobre Felice a través del hogar de Berlín. Todo en Múnich era desconocido: los locales, las personas, el transcurso de la lectura el viernes después de un día entero de viaje en tren, las consecuencias de los acontecimientos el sábado. Pero se arriesga como si en ello hubiera una secreta posibilidad de libertad. Tiene lugar una disputa entre ellos en una «espantosa pastelería» de la que no sabemos nada más. Felice, que se ha esforzado durante tanto tiempo por someterse en todo a su voluntad, parece haberse rebelado. En sus repentinas explosiones, puede que no se distinguiera por su sutileza, le acusa de egoísmo, y era un viejo reproche. Él no podía aceptarlo fácilmente; le golpeó con fuerza porque, como él mismo escribió más adelante, era cierto. Pero su mayor egoísmo, con mucha diferencia, era su *terquedad*, y esta solo permitía los reproches que él se hacía a sí mismo. «Mi conciencia de culpa siempre es lo bastante fuerte, no necesita alimento externo, pero mi organización no es lo bastante fuerte como para engullir a menudo ese alimento».

Con eso terminaba la segunda floración de su relación: aquel íntimo

acuerdo había durado cuatro meses. Se pueden comparar muy bien estos cuatro meses con aquella primera época de septiembre a diciembre de 1912, fue común a ambas la esperanza y la fuerza que Kafka recibió de Felice. Pero aquella época temprana fue un éxtasis de la escritura, mientras la segunda giró en torno al cambio del carácter de Felice y su adaptación a sus valores. La escritura se secó entonces por la decepción. Esta vez, el efecto de su alejamiento de ella fue el contrario: lo devolvió a la escritura.

Regresó de Múnich con renovado valor. La lectura allí había sido un «grandioso fracaso», había leído *En la colonia penitenciaria*. «Había ido, con mi historia como vehículo para el viaje, a una ciudad que, salvo como lugar de encuentro y desolado recuerdo de juventud, no me importaba nada, leí allí mi sórdida historia en total indiferencia, ningún agujero de estufa vacío puede ser más frío, y estuve, lo que raras veces me ocurre aquí, rodeado de personas desconocidas». Las críticas fueron malas, él les daba la razón, había sido una «fantástica desmesura» por su parte leer en público cuando, como dice de forma exagerada, llevaba dos años sin escribir nada. (Pero en Múnich también se había enterado de que Rilke tenía muy buena opinión de él, que le había gustado especialmente *El fogonero*, prefería ese trabajo a *La metamorfosis* y *En la colonia penitenciaria*). Pero precisamente esa desmesura —la aparición pública, el hecho de que hubiera juicios, principalmente negativos, la derrota y lo grandioso del fracaso en medio de personas desconocidas— dio alas a Kafka. Si se añade a esto la disputa con Felice, que le dio la distancia interior respecto a ella sin la que no podía escribir, se vuelve comprensible su renovado valor a su regreso.

Enseguida se puso a buscar vivienda, y esta vez tuvo suerte: Ottla lo acomodó en una casita de la Alchimistengasse que había alquilado para ella, con una habitación para escribir en la que había silencio suficiente, y a la que muy pronto se acostumbró. Rechazó ver a Felice en Navidad, y por primera vez desde hacía cuatro años ella se quejó de dolores de cabeza, se los había pegado él. Casi despectivo, él mencionó el hogar del que tanto habían hablado hasta entonces. Ahora debía cumplir su función: retenerla y amarrarla, pero eso era todo.

Pasa buenos momentos en casa de Ottla. Está mejor que nunca en los últimos dos años. «Es extraño cuando uno cierra su casa en este callejón angosto, a la luz de las estrellas». «Es hermoso vivir allí, hermoso volver a

casa a medianoche por la vieja escalera que baja del castillo a la ciudad». Allí nacen *Un médico rural*, «El nuevo abogado», «En la galería», «Chacales y árabes» y «La aldea más cercana», que más tarde tuvieron acogida en el volumen *Un médico rural*. Allí se escribieron también «El puente», «El cazador Gracchus» y «El jinete del cubo». Era común a esas narraciones la amplitud, la transformación (ya no en lo pequeño) y el movimiento.

De las cartas que Kafka escribe a Felice no se desprende mucho sobre la ultimísima etapa de su relación con ella. La carta de fin de año de 1916, que trata de manera detallada y, como él mismo se reprocharía, calculadora, de las ventajas y desventajas de una vivienda en el Palais Schönborn, con seis puntos en contra y cinco a favor, presupone que van a reunirse después de la guerra. Felice podría recuperarse en esa casa, que estaría lista para ella, al menos durante dos o tres meses. En todo caso, tendría que renunciar a la cocina y el baño. No puede decirse que su presencia sea tenida en cuenta de manera muy convincente, solo aparece en uno de los once pros y contras. Pero al menos aparece y, lo que quizá es aún más importante, se le pide que lo piense con atención y dé su consejo.

Del año 1917, en el que hasta agosto tiene que haberle escrito por lo menos de vez en cuando, no se han conservado ni una postal ni una carta, la primera es de septiembre. En febrero, Kafka ha alquilado la vivienda en el Palais Schönborn. Allí nacen otros relatos del volumen *El médico rural*, allí también algunos textos inéditos en vida, tan importantes como *Durante la construcción de la montaña china*. Él no está del todo descontento con este período, y así lo constata en una carta a Kurt Wolff de julio de 1917.

Lo que ocurrió entre él y Felice en ese mismo julio solo puede averiguarse a partir de otras fuentes; por eso, la exposición no puede tener un carácter tan preciso como el anterior. Aquel julio es el mes del segundo compromiso oficial. Sin duda la guerra aún estaba lejos de terminar, y parece que se adelantó un poco el plan originario. Felice vino a Praga, cabe suponer que se alojó en el Palais Schönborn, pero también hay cosas que hablan en contra de esto. Kafka hizo visitas oficiales de compromiso a sus amigos, acompañado por ella. Brod reseña lo rígido y ligeramente ridículo de una de esas visitas a su casa. También volvieron a salir a comprar muebles y a buscar casa, quizá Felice no estaba satisfecha con el Palais Schönborn e insistía desde el

principio en contar con un cuarto de baño y una cocina. Llevaba consigo en el bolso novecientos coronas, una suma inusualmente elevada. En una carta a la señora Weltsch, en la que se habla de la pérdida temporal del bolso, Kafka habla formalmente de su «prometida». Puede que volviera a esforzarse en emplear maneras oficiales y titulaciones de ese tipo. Ya se ha dicho que no formaba parte de su naturaleza aprender de experiencias anteriores. Pero quizá se metía, sin tenerlo completamente claro, en antiguos apuros para volver a *tener* que escapar de ellos. En la segunda mitad de julio, fue con Felice a ver a su hermana a Arad, en Hungría. En este viaje tuvo que haber una seria disputa. Quizá la confrontación con un miembro de la familia de ella era necesaria para acelerar la ruptura. En Budapest, abandonó a Felice y volvió solo a Praga pasando por Viena. Rudolf Fuchs, al que vio entonces en Viena, anota en sus memorias manifestaciones de Kafka que permiten deducir la existencia de una definitiva ruptura con Felice o la intención de llevarla a cabo. Él le escribió dos cartas desde Praga que no se han conservado, en las que probablemente fue muy lejos.

Ahora estaba realmente decidido a romper, pero, como no se atrevía a hacerlo por sus propias fuerzas, dos días después de la carta a ella, en la noche del 9 al 10 de agosto, se le produce una hemorragia. Leyendo una descripción muy posterior, se obtiene la impresión de que ha exagerado un poco la duración de esa hemorragia. Pero no cabe duda de que de pronto, entrada la noche, tuvo una hemorragia pulmonar, y que ese explosivo acontecimiento —se podría mencionar, ya casi de forma poética, la idea de una «herida sangrante»— tuvo consecuencias muy graves para él. Aunque después se sintió aliviado, fue a ver a su médico, aquel doctor Mühlstein que le tranquilizaba respecto a su «masa corporal». No se conoce con claridad el diagnóstico de este, pero el relato de Kafka bastó para que Brod fuera presa del pánico. Todavía pasaron algunas semanas hasta que pudo convencer a Kafka de que visitara a un especialista. Porque Kafka tuvo claros desde el principio los verdaderos motivos de su enfermedad, y ni siquiera la expectativa de aquella libertad, que le parecía más importante que todo lo demás, le puso fácil entregarse para siempre a la medicina oficial, de la que tan tercamente había desconfiado. Con la visita al especialista, el 4 de septiembre, empezaba un nuevo período de su vida. La declaración de aquella autoridad, a cuyo reconocimiento se sometía ahora, le liberó de Felice, del

miedo al matrimonio y de su odiada profesión. Pero le ató para siempre a la enfermedad de la que había de morir, y que en ese momento quizá no se había presentado seriamente.

Porque la manifestación más temprana acerca del hallazgo del especialista, que se encuentra en una anotación de ese mismo día en el diario de Brod, no suena demasiado peligrosa. Se habla de una bronquitis en ambos pulmones, y de un *peligro* de tuberculosis. La fiebre pronto desapareció por completo. Pero las inusuales disposiciones médicas se condensaron en Kafka en un plan de fuga que era imprescindible para su salvación psíquica. Se decidió que tenía que ir al campo, por el momento durante tres meses. El lugar estaba —no puede decirse de otro modo— preparado desde hacía mucho antes: la finca agrícola de Ottla en Zürau. Durante cuatro semanas, Felice no supo nada de todo esto. Solo cuando cada paso estuvo inamoviblemente decidido, tres días antes del traslado a Zürau, el 9 de septiembre, él le escribió por fin una primera carta, muy seria. Quizá en ese momento ya le habría comunicado expresamente la dura decisión de romper para siempre su vínculo con ella. Pero, después de guardar silencio durante mucho tiempo respecto a sus dos cartas de agosto, ella había vuelto a escribirle en tono conciliador, como si no pasara nada grave entre ellos, y él había recibido sus amables cartas, muy inoportunas para él, el 5 de septiembre, el día siguiente a la visita al especialista. «Hoy —le dice a Brod—, han llegado cartas de Felice, tranquilas, amables, sin ningún rencor, tan calmadas como la veo en mis mejores sueños. Ahora es difícil escribirle».

Pero le escribe, como hemos dicho, el 9 de septiembre, y le informa, con dramática brevedad, de los acontecimientos relacionados con sus pulmones. Se habla mucho de sangre e, insistentemente, de tuberculosis. Por su propio interés, no quieren darle de baja, seguirá siendo funcionario activo y disfrutará de un permiso de al menos tres meses. Por el momento, no va a contar nada a sus padres. Lo único que ella podría sentir como amenazador para ella a la larga es el final de la carta. En él se dice «pobre y querida Felice», y ese «pobre», que tan bien conocemos en su correspondencia, es la primera vez, cuando escribe de su enfermedad, que suena como si no se refiriese a él mismo, sino a ella. «¿Ha de ser la constante palabra final de mis cartas? No es un cuchillo que solo pincha hacia delante, también se da la vuelta y pincha hacia atrás».

En una posdata añade que desde la hemorragia se siente mejor que antes. Es cierto, pero quizá con eso también quiere impedir que ella venga a verlo, presa de repentina alarma.

El 12 de septiembre comienza su época de Zürau. Ya la primera carta a Brod suena como venida de otro mundo. El primer día no puede escribir, porque aquello le gusta demasiado, pero tampoco quiere exagerar, como habría tenido que hacer. Pero también al día siguiente dice: «Ottla me lleva realmente en sus alas por un mundo difícil, la habitación... es magnífica, ventilada, cálida, y todo esto en medio de un silencio casi completo; todo lo que debo comer está en abundancia a mi alrededor... y la libertad, la libertad sobre todo».

«... En cualquier caso, hoy me comporto respecto a la tuberculosis como un niño respecto a las faldas de su madre, a las que se aferra... A veces me parece que mi cerebro y mis pulmones se han puesto de acuerdo sin mi conocimiento. “Así no se puede seguir”, ha dicho el cerebro, y después de cinco años los pulmones se han declarado dispuestos a ayudar».

Y en la siguiente carta se dice: «Vivo con Ottla como en un buen y pequeño matrimonio, un matrimonio que no está basado en los habituales y violentos cortocircuitos, sino en una corriente que fluye recta, con pequeñas sinuosidades. Tenemos una hermosa granja que, espero, te gustará». Pero una sombra pesa sobre esta carta: «Felice me ha anunciado su venida en unas pocas líneas. No la comprendo, es extraordinaria...».

Vino, de su visita hay una anotación en el diario, de la que cito una parte: «21 de septiembre. Felice ha estado aquí, hace un viaje de treinta horas para verme, yo tendría que haberlo impedido. Tal como me lo imagino, su desdicha ha llegado al máximo, especialmente por mi culpa. Yo mismo no sé comportarme, estoy completamente apático y asimismo indefenso, pienso en la perturbación de algunas de mis comodidades y como única concesión hago un poco de comedia».

La penúltima carta a Felice, la más larga, escrita diez días después de su visita a Zürau, es la carta más penosa que nos ha llegado de Kafka, hay que superarse para citarla. Entretanto ella le ha escrito dos veces, al principio él no abre sus cartas y las deja tal cual. Se lo dice desde el primer momento, y también que al final ha empezado a leerlas. Sin duda lo que hay en ellas le avergüenza, pero él se ve a sí mismo con aún más dureza que ella, ya desde

hace mucho, y quiere explicarle la imagen que ofrece.

Este es el momento del mito de los dos combatientes en su interior, es un mito indigno y falso. La imagen de la lucha no puede recoger los procesos que tienen lugar en su interior, los desfigura mediante una especie de estilización heroica de su pérdida de sangre, como si hubiera habido realmente un combate sangriento. Pero, incluso si se admitiera esa imagen, enseguida le conduce a una falta de veracidad: de lo que menos duda, escribe, precisamente en los últimos días, es de que el mejor de los dos luchadores le pertenece a ella. Pero sabemos que esa lucha, o como quiera llamársele, ha terminado hace mucho tiempo y ya no le pertenece nada, y menos que nunca en los últimos días. ¿Ha de verse en esa embustera afirmación un consuelo para ella, algo de caballerosidad frente a la humillada y rechazada? No mucho después viene una frase que merece ser citada como frase de Kafka: «Soy un ser mentiroso, de otra manera no sé conservar el equilibrio, mi barca es muy frágil». Da paso a un largo párrafo que resume su punto de vista. Le ha salido bien, pertenece a la literatura; le gusta tanto que lo copia literalmente en una carta a Brod, y después literalmente en su diario. Debe estar allí, pero se comprenderá por qué, en estas circunstancias, prescindimos de él aquí. Luego vuelve a haber un largo trecho acerca del cambiante destino de los dos luchadores y la sangre derramada. Conduce a una frase que le ratifica seriamente: «En mi fuero interno, yo no tengo a esta enfermedad por una tuberculosis, o al menos no la considero tal primordialmente, sino que la tengo por una quiebra general». Pero la sangre y la lucha aún no han terminado, aún se sacarán otras conclusiones de ellas. De repente, aparece el pasaje: «No preguntes por qué levanto una barrera. No me humilles así». Aquí dice con fuerza que la aparta por completo de él y que no hay ninguna explicación, y si la carta estuviera resumida en dos frases, tendría la fuerza de un proverbio bíblico. Enseguida la debilita con un ademán vacío, pero de repente se encuentra frente a frente con la verdad: «La verdadera o supuesta tuberculosis —dice—, es un arma que hace que las casi innumerables que he gastado antes, desde la “incapacidad física” al “trabajo”, pasando por la “avaricia”, parezcan oportunistas y primitivas».

Finalmente le dice un secreto en el que ni él mismo cree en ese momento, pero que tiene que ser verdad: ya no se va a curar. Con eso se mata para ella y se sustrae a ella por medio de una especie de suicidio proyectado hacia el

futuro.

La mayoría de lo que contenía esa carta estuvo dictado por la aspiración a escapar a nuevas molestias por parte de ella. Dado que ya no sentía por ella ni lo más mínimo, no había sido un verdadero consuelo. Desde la felicidad de Zürau, que era la dicha de la libertad, no cabían aspavientos de tristeza, ni siquiera de lamento. La última carta a Felice es del 16 de octubre y se lee como si apenas hubiera estado escrita para ella. La aparta, aunque ya está lejos, sus cristalinas frases no la contienen, están como dirigidas a un tercero. Empieza con una cita de una carta de Max Brod: las cartas de Kafka, había escrito este, daban testimonio de una gran paz, y era feliz dentro de su desdicha. Como confirmación de esto, él hace una descripción de la última visita de Felice. Quizá se trate de una descripción exacta, sin duda es más fría que el hielo. «Fuiste desdichada con el absurdo viaje, con mi conducta incomprensible, con todo. Yo no fui desdichado». Sintió menos todo el dolor cuando lo vio y lo reconoció y se mantuvo tranquilo en medio de ese reconocimiento, con los labios apretados, muy apretados. La mayor parte de la carta es una respuesta a Max Brod, citada aproximadamente, se la había enviado cuatro días antes: su estado físico es magnífico, apenas se atreve a preguntar por el de ella. Ha pedido a Max, Felix y Baum, con extensos razonamientos, que no vengán a visitarlo, una advertencia a *ella* de que no vuelva.

El último párrafo dice: «No conozco a Kant, pero esa frase solo debe ser válida para los pueblos, apenas se refiere a las guerras civiles, a las “guerras interiores”, en ellas la paz solo es la que se desea para las cenizas».

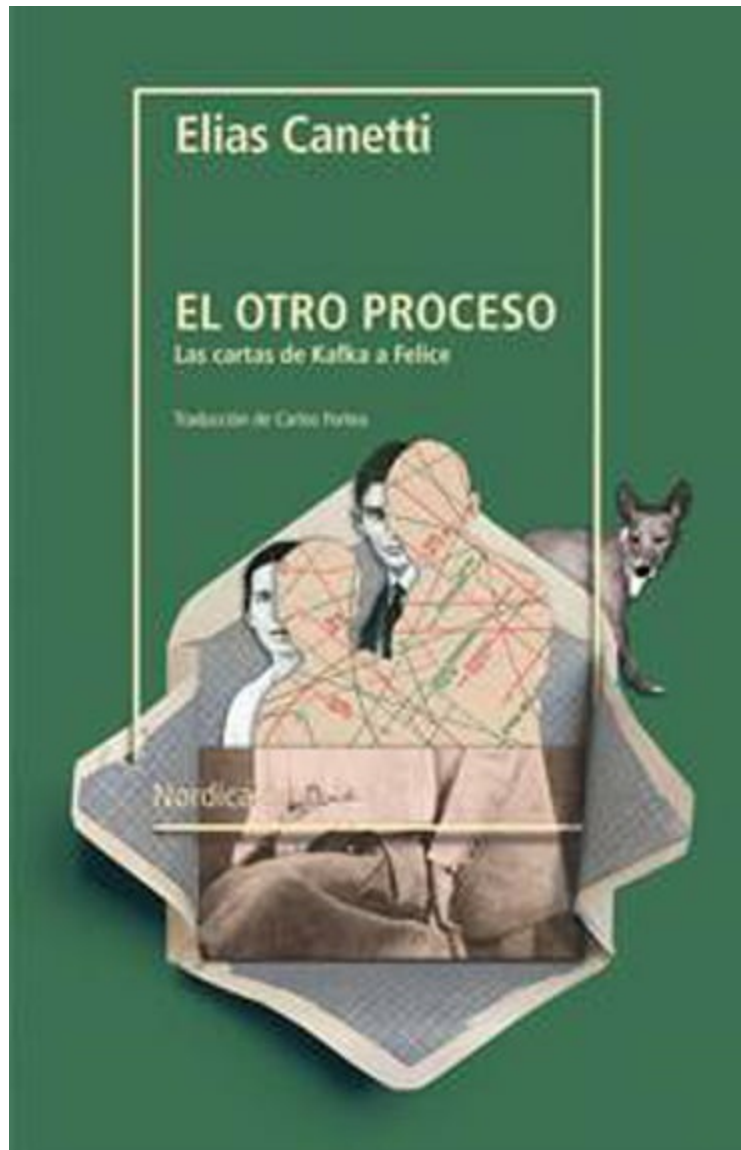
De ese modo rechazaba el deseo de paz que Felice había revestido con una frase de Kant. Con la paz que se desea para las cenizas se retira, con más énfasis aún que al final de la carta precedente, detrás de la muerte. En la extensa correspondencia que mantiene al mismo tiempo con sus mejores amigos no se habla nunca de cenizas.

Que la enfermedad terminara siendo cierta, que solo fuera un medio, no puede ser admitido como justificación. La justificación se encuentra en esa nueva serie de anotaciones, el «Tercer cuaderno en octavo», que empezó dos días después de la última carta a Felice. El diario que antes acostumbraba a llevar se interrumpe durante años. Como penúltima, por así decirlo tardía anotación, se encuentran en él las frases: «Hasta ahora no he anotado lo

decisivo, mi río sigue fluyendo por dos brazos. El trabajo que espera es inmenso».

1968

EL OTRO PROCESO



El otro proceso. Las cartas de Kafka a Felice es uno de los ensayos más lúcidos de Elias Canetti. Nadie mejor que Canetti, premio Nobel de Literatura, para comentar las Cartas a Felice de Franz Kafka. Canetti, quien, como Kafka, ha descrito magistralmente las funciones del poder, nos ofrece en este lúcido ensayo un detallado análisis del sufrimiento del escritor durante los cinco años de su correspondencia con Felice Bauer. «Hay una medida inimaginable de

intimidad en estas cartas: son más íntimas de lo que lo sería la representación completa de la dicha. No existe un relato comparable de una persona dubitativa, ninguna exposición pública de semejante fidelidad. Una persona primitiva difícilmente podría leer esta correspondencia, tendría que parecerle el espectáculo desvergonzado de una impotencia emocional; porque todo lo que esta supone reaparece una y otra vez: indecisión, miedos, frialdad, falta de amor descrita con todo detalle, un desvalimiento de tales dimensiones que solo la extrema exactitud de la descripción lo hace creíble».

ELIAS CANETTI

(Rustschuk, Bulgaria, 1905-1994).

Nació en el seno de una familia judía de origen sefardí. Su lengua materna fue el ladino, un dialecto del castellano. En 1911 su familia se trasladó a Manchester (Reino Unido). El fallecimiento repentino de su padre, en 1912, marcaría la trayectoria del escritor, que conservó hasta sus últimos días un miedo casi irracional a la muerte. En alemán escribió en 1936 la que sería su primera y única novela, *Auto de fe*. La anexión de Austria por parte de Alemania le ofreció la posibilidad de estudiar de cerca el fenómeno del nazismo. A partir de entonces se dedicaría exclusivamente a terminar la que sería la gran obra de su vida, *Masa y poder*. En 1981 recibió el Premio Nobel de Literatura.

NOTAS

¹ Las citas de los *Diarios*, y de las *Cartas* hasta julio de 1914, responden a la edición canónica publicada por Galaxia Gutenberg, en traducciones de Andrés Sánchez Pascual, Joan Parra Contreras y Adan Kovacsics. Las de *El proceso* siguen la misma edición canónica, en traducción en este caso de Miguel Sáenz. Las traducciones de las citas posteriores a julio de 1914, y de las citas no localizadas, son responsabilidad del autor de estas líneas. (*N. del T.*)

² Me gustaría mencionar, en apoyo de esta opinión, que la he compartido y discutido a fondo en muchas conversaciones con el mejor conocedor moderno de las literaturas orientales, Arthur Waley. Kafka era, sin duda por esta razón, el único prosista alemán al que leía con pasión, estaba tan familiarizado con él como con Po Chü-I y la novela budista *Mono*, que él mismo había traducido. En aquellas conversaciones con él se habló a menudo del taoísmo «natural» de Kafka, pero también, para que no faltase ningún aspecto de lo chino, del especial colorido de su ritualismo. Para Waley eran ejemplos magníficos *El rechazo* y *Durante la construcción de la muralla china*, pero también mencionaba otros relatos en este contexto.